

arteKa

**PSOE,
PARTIDO
DE ESTADO**



La libertad está en tu mano.
VOTA PSOE

GEDAR

Portada — **Zoe Martikorena**

—**P**or todos es conocida la historia del PSOE: desde la traición a la clase obrera en su crítica al marxismo y renuncia a la revolución socialista, pasando por la reorganización del Estado español en los años de transición posdictadura, incluyendo los métodos de guerra sucia, hasta la actual gestión de la crisis capitalista, este partido es sin duda el que mejor se corresponde con el concepto de partido del Estado o, como tanto gusta a la socialdemocracia, partido del régimen.

Contenidos

-
- 6**
 - 10**
 - 28**
 - 44**
-

EDITORIAL

Arteka

He ahí vuestro camino**COLABORACIÓN**

Mikel Usabiaga

La forja del PSOE**COLABORACIÓN**

Eneko Carrión

Nada cambia**COLABORACIÓN**

Aitor Gurrutxaga

PSOE: partido corrupto

He ahí vuestra camino

Editorial

Por todos es conocida la historia del PSOE: desde la traición a la clase obrera en su crítica al marxismo y renuncia a la revolución socialista, pasando por la reorganización del Estado español en los años de transición posdictadura, incluyendo los métodos de guerra sucia, hasta la actual gestión de la crisis capitalista, este partido es sin duda el que mejor se corresponde con el concepto de partido del Estado o, como tanto gusta a la socialdemocracia, partido del régimen.

El PSOE siempre ha sido un partido pegamento que, en la alternancia bipartidista ya conocida en el Estado español, gobierna en los momentos más críticos y con mayor fractura social. Lo ha hecho en la Transición, también en los momentos de mayor auge del independentismo que estaba destinado a fracturar el Estado, y lo hace también en

el momento actual de crisis, donde el peligro del fascismo acecha a Europa, causando la posibilidad de la ruptura y la inestabilidad del propio sistema capitalista.

Cuando diversas fuerzas sociales, posteriormente institucionalizadas en partidos de orden, llamaban al fin del bipartidismo, no fueron aquellas nuevas fuerzas quienes catalizaron el descontento asociado sino que, al contrario, el PSOE fue aupado al Gobierno para acabar con la incertidumbre y recordar que la alternancia bipartidista es parte del orden capitalista y toda ficción que llama a su final es simplemente falsa, por ser formalmente improbable y porque, si por algún motivo ocurriera, por serlo sustancialmente imposible: la alternancia bipartidista no es ella misma más que un mecanismo formal que asegura la continuidad en el cambio.

El PSOE siempre ha sido un partido pegamento que, en la alternancia bipartidista ya conocida en el Estado español, gobierna en los momentos más críticos y con mayor fractura social

Cuando la Transición ya agotó todos sus personajes tragicómicos, apareció la farsa del PSOE, vestida en chaqueta de pana, para encauzar las luchas obreras de la época en la institucionalidad del Estado capitalista. Las huelgas y la protesta social ya no tenían sentido, pues había llegado al poder el partido obrero que encauzaría el cambio hacia una verdadera institucionalidad capitalista donde los derechos de la clase obrera serían reconocidos como clase oprimida que es, esto es, al lado de los derechos de la clase capitalista, subordinados a estos. Llegarían la reconversión industrial, los grandes despidos de trabajadores y el paulatino pero continuo desgaste del movimiento obrero, su corporativización vía UGT y CCOO –este último históricamente vinculado al PCE, cuestión ya tratada anteriormente en esta revista– y la represión policial a gran escala.

Contemporánea es también la guerra sucia, que solo el PSOE podría poner en marcha, por su condición como partido. Con el objetivo de desestructurar a parte de la vanguardia del movimiento obrero en aquellos años, asesinaron a militantes revolucionarios, dirigentes de organizaciones políticas y armadas, y cumplieron una función imprescindible en el desmantelamiento de las capacidades militantes que tan necesarias eran en una época de gran convulsión social. El PSOE, como toda la socialdemocracia, ha sido y es una herramienta-estado cuyo objetivo es destruir a toda costa una dirección consciente e independiente de la clase obrera, que se apoya en el poder precisamente en los momentos críticos en los que la ruptura es una opción viable.

Cuando la Transición ya agotó todos sus personajes tragicómicos, apareció la farsa del PSOE, vestida en chaqueta de pana, para encauzar las luchas obreras de la época en la institucionalidad del Estado capitalista

*El papel cortafuegos del PSOE
llama a la solución de los dos
Estados, evidentemente fracasada,
ilegítima y legitimadora del Estado
fascista de Israel, mientras que
hace imposible una solución efectiva
en ese sentido, alimentando la
maquinaria de guerra israelí,
con la mayor venta de armas
realizada en los últimos 20 años*

Dicen los socialdemócratas que lo importante es el camino, y no el fin. Pues he ahí vuestro camino

Así ha ocurrido también con la última gran crisis capitalista, iniciada en la década de los 2000. De los últimos 20 años, que coinciden con la crisis capitalista, 14 han sido gobernados por el PSOE. Los seis años de ausencia coinciden precisamente con el auge del independentismo catalán –asociado sin duda a la crisis del Estado español producida por la crisis capitalista–, el conocido procés, que no finaliza con la declaración unilateral de independencia y la posterior intervención de la autonomía decretada por el PP, juicios incluidos, sino que culmina con el ascenso del PSOE al Gobierno en el año 2018, que, en un acto ilustrativo, acaba indultando en 2021 a los dirigentes previamente encarcelados o huidos.

La misma lógica se emplea en el caso del genocidio palestino que, además, aclara más la cuestión. El papel cortafuegos del PSOE llama a la solución de los dos Estados, evidentemente fracasada, ilegítima y legitimadora del Estado fascista de Israel, mientras que hace imposible una solución efectiva en ese sentido, alimentando la maquinaria de guerra israelí, con la mayor venta de armas realizada en los últimos 20 años.

Pero nada de esto les parece suficiente a los partidos socialdemócratas, incluidos los nacionallistas de naciones sin Estado, que han sufrido directamente la guerra sucia del PSOE, para retirar su apoyo al Gobierno. Porque, claro, si un gobierno alternativo del PP va a hacer lo mismo, y eso nadie lo duda, al menos la situación actual habilita a partidos más pequeños para participar del pastel, alimentar económicamente a sus estructuras burocráticas y permitir que sigan creciendo como

empresas estatales del partido del orden. ¿Para qué denunciar al PSOE si los que vengan después van a hacer lo mismo, si eso conlleva, además, no poder seguir chupando del bote y, por lo tanto, la abolición de las capacidades de hacer política, *id est*, su fin como partido político?

Desde luego que es una lógica de supervivencia que se podría justificar en el ciudadano modelo de la sociedad rapaz en la que vivimos. En un partido político es colaboracionismo y complicidad, que lo sitúan en el campo del enemigo de clase. Dicen los socialdemócratas que lo importante es el camino, y no el fin. Pues he ahí vuestro camino. ●

LA FORJA DEL PSOE

Texto — **Mikel Usabiaga**



La libertad está en tu mano.

VOTA PSOE



En 1979, en el centenario de su propia creación, el PSOE se presentó a las elecciones con el lema “Cien años de honradez y firmeza”, apelando a la tradición e historia del partido para fundamentar su candidatura al poder. La derrota sufrida frente a la UCD fue la base para la transformación de los socialistas, transformación que puso los cimientos para la victoria y acceso al poder del partido en 1982.

El PSOE pasó del folclore y la fraseología marxista a ser el partido de la regeneración, aquel que iba a renovar el viejo Estado, meterlo en Europa y dejarlo tan diferente que no lo reconocería “ni la madre que lo parió” —en palabras de Alfonso Guerra—. La forja del PSOE como partido de Estado, como uno de los mayores pilares de la oligarquía española, comenzó en gran medida en aquella renovación.

EL ASESINATO DEL VIEJO PSOE

El PSOE que se incorporó a la Transición es irreconocible: rechazaba la economía de mercado a favor del modelo yugoslavo del “socialismo autogestionado”, se definía marxista y republicano, reclamaba la abolición de la monarquía impuesta por Franco y proclamaba el derecho de autodeterminación. Felipe González prometía “auditorías de infarto” a las empresas asociadas a la dictadura y criticaba abiertamente la represión del régimen, oponiendo la aniquilada república como modelo.

González llegó a la dirección del partido en Suresnes (1974), como sucesor del histórico Rodolfo Llopis, quien se negó a aceptar las resoluciones de ese congreso. En el corto período desde el congreso de Suresnes al congreso del año 1979, los socialistas liquidaron la mayoría de ese programa. De hecho, esta flexible versatilidad para alterar los mínimos ideológicos y la facilidad para un absoluto revisionismo de la historia precedente del partido fueron vitales para postularse como candidato realista a tomar las riendas del Estado. Al fin y al cabo, la UCD, que pretendía representar al centro, quedó irremediablemente manchada con la mácula de ser el gestor del final de la dictadura, y, por la izquierda, el PCE estaba demasiado denostado y criminalizado en aquellos años (el viraje eurocomunista no había dado sus frutos todavía). Ni hablar de AP, que estaba preso de su íntimo vínculo con el franquismo. El rápido y camaleónico cambio del PSOE acertó el momento y el lugar para quedarse con el puesto de partido de Estado en medio de aquel vacío del centro en el espectro político. Combinó una imagen moderna y renovadora con un fundamento político e ideológico capaz de dirigir y continuar con los compromisos de un Estado de clase.

El marxismo había sido declarado, desde la fundación del partido en 1879, como la ideología de partido. El joven PSOE de Pablo Iglesias estaba estrechamente vinculado al movimiento obrero y la lucha por la mejora de las condiciones de vida de los trabajadores, proclamándose deudor de la tradición de Marx y Engels. Es más, todo ello se mantuvo –al menos sobre el papel– hasta el final de la dictadura. De hecho, es esclarecedora la selección de citas que hace, por ejemplo, Pere Ysàs en el siguiente fragmento sobre el documento político del congreso de 1976:

El PSOE que se incorporó a la Transición es irreconocible: rechazaba la economía de mercado a favor del modelo yugoslavo del “socialismo autogestionado”, se definía marxista y republicano, reclamaba la abolición de la monarquía impuesta por Franco y proclamaba el derecho de autodeterminación

«El XXVII Congreso se ocupó también de definir la identidad del partido en la “Resolución Política”: el PSOE era un “partido de clase y, por tanto, de masas, marxista y democrático”. De clase, “en cuanto que defendemos y luchamos por el proyecto histórico de la clase obrera: la desaparición de la explotación del hombre por el hombre y la construcción de una sociedad sin clases”. Marxista, “porque entendemos el método científico de conocimiento [y] de transformación de la sociedad capitalista a través de la lucha de clases como motor de la historia”; democrático, “por estar conformados como una organización con la más escrupulosa democracia interna y de funcionamiento, a semejanza de la sociedad nueva que queremos construir, cuya mayor garantía está en las organizaciones que luchan por ella”. El partido se definía también como internacionalista y antiimperialista, solidario con “la lucha de liberación de los pueblos oprimidos por el imperialismo económico o político de otras potencias”».

La posibilidad de “ser” socialista o “revolucionario” sin una práctica política radical, como una tradición que se queda en los discursos, era el arma perfecta para apropiarse de la hegemonía de la izquierda y postularse al mismo tiempo para gobernar

Tal como diversos historiadores señalan, esta reivindicación de la tradición socialista era más una cuestión identitaria para disputar el amplio sentimiento socialista en la izquierda al PCE y los grupúsculos socialistas que una cuestión de programa político. La posibilidad de “ser” socialista o “revolucionario” sin una práctica política radical, como una tradición que se queda en los discursos, era el arma perfecta para apropiarse de la hegemonía de la izquierda y postularse al mismo tiempo para gobernar.

De todas formas, gran parte de esa fraseología hubo que liquidarla para cumplir con el papel histórico que la nueva generación de socialistas querían asignar al PSOE: ser el partido de gobierno del Estado español posfranquista. Semejante tarea titánica de revisión histórica se refleja en textos como *Este viejo y nuevo partido. De congreso a congreso*, escrito por dirigentes socialistas como Guerra y González para el XXVIII Congreso del partido en 1979. El marxismo histórico declarado del partido se vuelve una mezcla de “marxismo, positivismo y revisionismo” en ese texto dirigido a los militantes, ocultando o disimulando los episodios más radicales de la historia del partido.

En cualquier caso, semejante viraje no fue una maniobra fácil de realizar. De hecho, el citado congreso de 1979 se saldó con la victoria de la vieja guardia que pretendía mantener el marxismo en la definición ideológica del partido. A raíz de ello presentó Felipe González su dimisión como secretario del PSOE, dado que eliminar el marxismo de los estatutos era el necesario corolario del plan del nuevo ejecutivo para hacer al partido apto para gobernar. El propio Alfonso Guerra cita a González, a raíz de la renuncia a la secretaría, declarando que era un golpe de efecto que perseguía superar ese escollo a toda costa:

«*Felipe me aseguró que él no podía “tirar del carro” si no creía en el carro, y me sugirió que en el futuro todo se podría reconducir. “Alfonso, así reconstruiremos todo y podremos recuperar la dirección”*».

El debate del marxismo eclipsó otros como la eliminación del derecho de autodeterminación, las nacionalizaciones, la revolución, la república etc. En el fondo, la eliminación de todos los elementos ideológicos precedentes de todo lo que no fueran discursos ornamentales y con fines exclusivamente electorales escondía la asunción total del marco legal y, por tanto, político del nuevo Estado. Para aprovechar la oportunidad histórica de cumplir el puesto vacante de partido de Estado, había que asumir el orden del nuevo *status quo* como proyecto político propio y asegurarse de que toda llamada a transgredir los límites del orden constitucional quedara fuera de la práctica del partido. Como declaraba el propio Felipe González, el principal cambio ideológico fue la de convencer a su estructura y a sus bases de que sus planteamientos políticos debían limitarse al horizonte de posibilidades trazado por la oligarquía en la Constitución:

“*Ahora mismo partimos de una realidad –no estamos encarando el futuro sin ningún punto de partida, como ocurrió en el congreso de 1976–; ahora tenemos una base que se llama la Constitución. Por consiguiente, el partido tiene que tener en cuenta que hay un texto básico que nosotros no solo hemos votado, sino que hemos defendido. Y que ese texto es la garantía de la estabilización de la democracia. A partir de la Constitución, a mi juicio, deben construirse una serie de alternativas políticas (...)*

CAMINO AL PODER

Esa combinación entre radicalismo en las palabras y moderación absoluta en la práctica fue dando sus frutos. En las elecciones de 1977, el PSOE se convirtió en la segunda fuerza más votada y la primera de la izquierda, con el 29,32% de los votos. Sus 118 escaños en el hemiciclo se pusieron al servicio de la construcción del nuevo orden: la Constitución, el inicio del Estado de las autonomías y el "café para todos" de Clavero, los Pactos de la Moncloa... Pese a todo ello, el PSOE logró hacer ver todas estas medidas como grandes avances respecto al recuerdo de la dictadura, que estaba muy presente, y se presentó como la alternativa rupturista frente al continuismo de la UCD.

Para las elecciones de 1979 había afianzado su posición como el gran partido de la izquierda, desbancando al PCE y absorbiendo las candidaturas socialistas fuera de su poder, como el Partido Socialista Popular-Unidad Socialista que era una coalición de partidos menores con seis diputados. No obstante, aquellas elecciones fueron un fracaso, pues los resultados apenas cambiaron respecto a 1977. El prometido momento del sorpaso no había llegado. Además, en las elecciones municipales del mismo año tampoco logró superar ni en votos ni en concejales a la UCD, lo que lo obligó a llegar a pactos con el PCE en numerosos municipios y a integrar a este en muchos Gobiernos (el PCE tenía un 13% de votos, frente al 28% del PSOE y el 30% de la UCD).



La combinación entre radicalismo en las palabras y moderación absoluta en la práctica fue dando sus frutos. En las elecciones de 1977, el PSOE se convirtió en la segunda fuerza más votada y la primera de la izquierda



Fue en este contexto donde se celebró el ya citado XXVIII Congreso. Mientras los jóvenes renovadores del PSOE querían dar el último empujón para liquidar los obstáculos que impedían llegar al poder, la oposición que formaría la corriente de la Izquierda Socialista dentro del PSOE se opuso frontalmente. El debate planteado por Francisco Bustelo, Gómez Llorente, Pablo Castellano y otros, que ya se habían opuesto a la candidatura de González en Suresnes, se centró en el debate sobre si el marxismo debía continuar en los estatutos o no. En cierta medida, la discusión se amplió hasta cuestionar si el pragmatismo que se practicaba en el partido era excesivo, pero tampoco fue un debate sobre el proceso de claudicación ideológica que ya tenía un largo recorrido en el partido. En definitiva, esta oposición no pasaba de un puñado de intelectuales universitarios que no tenían programa político alternativo alguno, sino simplemente un mero sentimiento de desarraigó hacia el partido. El doble juego del nuevo PSOE entre una fraseología encendida y una práctica democrática a la baja alimentó el descontento del sector vinculado a ese discurso tradicional que se demostraba papel mojado.

Estas figuras del sector crítico, en su mayoría "socialistas clásicos", es decir, socialdemócratas en el sentido tradicional del viejo SPD, partían de un descontento general e indicios no muy concretos

sobre la necesidad de mantener el marxismo en la definición ideológica, porque renunciar a ello implicaría renunciar "a la lucha de clases" y, por ende, "al socialismo como objetivo último". Frente a ellos, González y los suyos defendían la necesidad de adecuar las formulaciones ideológicas a la práctica política, lo cual era coherente, pues la asunción del marco constitucional distaba mucho de la construcción del socialismo. De hecho, en los años anteriores al XXVIII Congreso, eran habituales las piruetas en los documentos para tratar de justificar la democracia en construcción como el paso previo al socialismo –precisamente así presentaron al Estado de las autonomías, como preludio del derecho de autodeterminación–.

Finalmente, como se ha mencionado más arriba, la propuesta de los socialistas recalcitrantes venció en el congreso y González atajó el problema renunciando a la secretaría del partido. Dado que la oposición carecía de un proyecto político que lo respaldara, ya que no disponía de más que un sentimiento folclórico, la renuncia ocasionó un vacío de poder que obligó la convocatoria de un congreso extraordinario.

El doble juego del nuevo PSOE entre una fraseología encendida y una práctica demócrata a la baja alimentó el descontento del sector vinculado a ese discurso del PSOE tradicional que se demostraba papel mojado

GOBERNAR

El 28 de octubre de 1982, el arduo trabajo de la nueva generación de socialistas por compaginar la liquidación de todo discurso incompatible con la dirección del Estado con la imagen de frescura e innovación en el imaginario colectivo dio sus frutos. Con una participación del 79,9% del electorado, el PSOE obtuvo el 48,11% de los votos en las segundas elecciones generales tras la aprobación de la Constitución, que se tradujeron en 202 diputados (más de la mitad de la cámara).

Al analizar los resultados de aquellos comicios, queda en evidencia que el partido de Felipe González llenó a la perfección el puesto vacante del partido de Estado progresista. La UCD, arquitecta de la Transición e incapaz de desprenderse de su tufo a franquismo, pasó de 168 diputados a solo 11. Por su parte, el nuevo partido de Adolfo Suárez apenas obtuvo el 2,87% de los votos. Mientras tanto, el ala izquierda representada por el PCE también se hundía con cuatro diputados. En consecuencia, el renovado y ambiguo PSOE, con toda la fraseología izquierdosa pero sin compromisos políticos reales a favor del proletariado, campó a sus anchas apropiándose de ambos bandos.

Evidentemente, en una exposición como esta, centrada en algunos factores determinados, se obvian otros de vital importancia. Es imprescindible mencionar, por ejemplo, la contribución que hizo a la holgada victoria de los socialistas, por un lado, la permisibilidad mostrada por parte de ambos Gobiernos de la transformación (tanto el de Arias Navarro como el de Suárez) –a diferencia de la poca permisibilidad mostrada hacia el PCE, ni qué decir ya de hacia otros partidos–; y, por otro la colabora-

ción activa del servicio de inteligencia franquista, el SECED, para darles facilidades materiales –como pasaportes– al ver venir la Transición y considerarlos aliados potenciales contra la verdadera oposición antifranquista. No obstante, en términos oportunistas, el acierto de las tesis de Suresnes quedó en evidencia. De hecho, el PSOE había pasado de ser uno de los grupos que compartían el espacio socialista tradicional en el antifranquismo, a postularse como un partido demócrata progresista de Estado –con un bipartidismo en ciernes–, a la vez que absorbía a gran parte de esos votantes de izquierda que la resistencia antifranquista había formado desde el exilio y la clandestinidad.

En la casi década y media que el PSOE aguantó en el poder, González personificó la línea de 1974 y estabilizó la fusión entre el partido y el nuevo Estado posfranquista. Las opciones de ruptura política de la Transición se fueron apagando, salvo evidentes excepciones, y la integración del Estado español en el orden occidental capitalista fue definitiva. Bajo el dueto de secretariado (1974-1997) y presidencia del Gobierno, Felipe González y su camarilla acabaron por dar forma al PSOE actual en gran medida. El partido logró dos mayorías absolutas –una en 1982, con 202 diputados, y otra en 1986, con 184–, un Gobierno en solitario en 1989 con la mitad del Parlamento (175 parlamentarios) y, por último, un Gobierno dependiente del apoyo de CIU (Convergència) en 1993, cuando perdió la mayoría absoluta.

CONGRESO
SOE



El PSOE había pasado de ser uno de los grupos que compartían el espacio socialista tradicional en el antifranquismo, a postularse como un partido democrata progresista de Estado – con un bipartidismo en ciernes–, a la vez que absorbía a gran parte de esos votantes de izquierda que la resistencia antifranquista había formado desde el exilio y la clandestinidad

El contexto de la primera –y la más gloriosa– victoria del PSOE era aquel de la crisis. La sobreacumulación del centro imperialista fue auspiciada por una inflación de costes, sobre todo energéticos, a raíz de la crisis con la OPEP, combinada con la baja rentabilidad y, por tanto, un paro galopante. En ese majeante tesitura, la responsabilidad de los partidos gobernantes en países capitalistas fue la de tomar las medidas necesarias para recuperar rentabilidad y atraer inversión extranjera; es decir, eliminar trabajo improductivo, gasto público en servicios gratuitos, condiciones favorables en la venta de la fuerza de trabajo... Quien no obedeciera, fuera del color que fuera el Gobierno, pronto se hallaba falto de divisas, con una balanza comercial deficiente, recibiendo avisos del FMI y un largo etcétera bien conocido. De hecho, estos patrones se muestran repetidas veces en la Latinoamérica de los 80 y en su colofón de la crisis de la deuda.

Volviendo al contexto que enfrentaba el PSOE, González y los suyos ya habían mostrado su lealtad a los mercados internacionales en los Pactos de la Moncloa. Aquellos se firmaron en 1977, a pesar de que todavía no habían accedido al poder y se presentaban como la alternativa de izquierdas a la UCD. De hecho, trataron de capear el temporal de refilón, como si aquellos pactos no fueran con el PSOE, e incluso apoyando la negativa inicial de UGT y CCOO. En cualquier caso, una vez más, decir una cosa y hacer la contraria se confirmó como la vía adecuada para el oportunismo: el brutal deterioro de las condiciones de vida se le achacó a la UCD, y el PSOE pudo venderse como la alternativa en los años siguientes. De todas formas, quedaba claro que el compromiso de este partido con el Estado y la economía de mercado consagrado en la Constitución era inquebrantable. Es más, este compromiso solo se verá reforzado una vez el partido se haga con el control del Estado.

El caso es que el del PSOE no era un caso aislado en Europa. Toda la retahíla de partidos socialistas llamados “neorevisionistas”, que habían renunciado desde mucho antes que el eurocomunismo a la toma del poder y la construcción del socialismo a cambio de la gestión social del Estado capitalista, sucumbieron y asumieron la responsabilidad como gestores del ataque contra el salario directo e indirecto del proletariado para mantener a flote las ganancias. El PSF de François Mitterrand, por ejemplo, llegó al poder poco antes de González, y alteró radicalmente su programa ante las exigencias de competitividad internacional. Lo mismo ocurrió con el SPD alemán, que cayó poco después. Lo poco que quedaba de la socialdemocracia que atacó violentamente la vía revolucionaria bolchevique a favor de la negociación entre clases para llegar a reformas sociales se descompuso en esos años. Fuerá real o no, todo su programa quedó impotente ante la evidencia de la desaparición del estado de bienestar; no era más que papel mojado y charlatanería.

Buena cuenta de ello da el caso de Carlos Solchaga, ministro de Industria y Energía hasta 1985, y de Economía y Hacienda después. Autocalificado como “social-liberal”, ni siquiera aceptaba el rol preponderante del Estado como parte del programa del PSOE, y definía como las prioridades de su política el control de la inflación y la reducción del déficit público. Precisamente los mismos objetivos que por aquellos años fijaban los Gobiernos conservadores de Thatcher o Reagan (el llamado neoliberalismo). En resumen, apenas había pasado un año del Gobierno del PSOE cuando se promulgó la Ley de Reconversión Industrial y Reindustrializaciones, que dejó a su paso la desaparición de industrias, de 83.000 empleos y 1,5 billones de pesetas gastadas en salvar las ganancias de otros tantos capitalistas. A ello se añaden la reforma del Estatuto de los Trabajadores –con apoyo de la UGT, dicho sea de paso– que inauguró el mercado laboral dual de trabajadores precarios, la reforma de las pensiones del 85 que ampliaba el período de cotización... Gracias a todo ello, el propio Solchaga celebraba que “en España es donde más dinero se gana en menos tiempo”.

Esta historia de las medidas del “socialismo liberal” para el saqueo de los salarios del proletariado es larga, y llega hasta la pérdida del Gobierno ante el PP y el estreno del turnismo bipartidista en 1993. El hecho de que ese mismo año el PSOE llegara a un acuerdo con CiU da cuenta del carácter netamente liberal del programa del gobierno.

EL NUEVO ESTADO DEL PSOE: INTEGRACIÓN Y REPRESIÓN

Un agente del ya mencionado servicio secreto franquista, el SECED, decía lo siguiente sobre las conversaciones mantenida con el PSOE con anterioridad a Suresnes, según recoge Alfredo Grimaldos:

«En el SECED nos propusimos empezar a reunirnos con ellos, para ver hasta dónde llegaba su izquierdismo, su ímpetu revolucionario, su afán izquierdista... y tratar de acercarlos hacia posiciones más templadas, menos radicales, más en la línea de la moderación pragmática que les recomendaba Willy Brandt (...) Después de cada encuentro redactábamos un informe para el Servicio, (...) Nuestra impresión entonces era que el líder ideológico, el que pensaba más largo, más rápido y con más calado era Pablo Castellano. El mayor peso moral lo tenía Nicolás Redondo. Felipe González nos pareció un conversador ágil, brillante, con “charme”... Pero, de pronto, sacó un largo cohiba, lo encendió con parsimonia y se lo fumó como un sibarita. A mí ese pequeño detalle me chocó, me extrañó. Era un trazo burgués que no encajaba con sus calzones vaqueros, ni con su camisa barata de cuadros, ni con su izquierdismo... En mi informe oficial no mencioné esa bobada del habano ni lo que me sugirió. Pero en mi agenda privada de notas sí que escribí: “Felipe González, el sevillano, parece apasionado pero es frío. Hay en él algo falso, engañador. No me ha parecido un hombre de ideales, sino de ambiciones”».

Naturalmente, no pasa de ser un testimonio policial torpe y sin valor más allá de lo anecdotico, pero captura la esencia del nuevo PSOE. El proyecto de Estado que traía la dirección de jóvenes era, fundamentalmente, de modernización del Estado franquista, no de su alteración. Como se ha visto, el viejo programa fue relegado a lo ornamental, a lo folclórico. Como se verá a continuación, el programa político lo marcaban los compromisos necesarios para que España fuera aceptada en el bloque occidental de la Guerra Fría como miembro de pleno derecho. En ese sentido, no hay mayor diferencia con la tecnocracia franquista o la UCD, más allá de contar con el pasado político adecuado para sostener la Transición, de lo cual carecían aquellos. El PSOE dejó de ser un partido definido y con programa, para convertirse en un canal para asentar el nuevo Estado español.



Ya en el XXVII Congreso de 1976, clave en el proceso de liquidación ideológica del partido, estuvo presente una nutrida representación de la socialdemocracia europea: Willy Brandt (SPD), Olof Palme (SAP), Mitterrand (PSF), Pietro Nenni (PSI) y Michael Foot (Partido Laborista)

El compromiso definitivo con el capital occidental y el imperialismo lo selló la adhesión a la OTAN. El proyecto de integrarse en el bloque occidental a las órdenes de EEUU ya era una ambición del Estado franquista desde hacía muchos años, pero precisamente el éxito del proyecto de González se basaba en que el PSOE tenía la mano adecuada para culminar este objetivo. Ya en el XXVII Congreso de 1976, clave en el proceso de liquidación ideológica del partido, estuvo presente una nutrida representación de la socialdemocracia europea: Willy Brandt (SPD), Olof Palme (SAP), Mitterrand (PSF), Pietro Nenni (PSI) y Michael Foot (Partido Laborista).

No es de extrañar, por tanto, el amplio apoyo de otros países con el que contó González para meter al Estado español en la CEE en 1985: tanto socialistas como Mitterrand –que abogó a favor de su candidatura– o Bettino Craxi en Italia, como conservadores tales como Kohl en la RFA o Thatcher. En general, González defendió su propuesta de integración como refuerzo de su membresía en la OTAN.

Conforme avanzaba la Transición, la connivencia americano-alemana se fue intensificando: los 200 millones de pesetas recibidas por la UGT por parte de sindicatos amarillos de EEUU, el dinero de la CIA que fluyó a través de la fundación Ebert Stiftung del SPD hacia el PSOE y el PS portugués, o el apoyo de Kissinger y Helmut Schmidt para que el PSOE no entrara a la Junta Democrática

De hecho, existe abundante literatura que trata la intervención externa aún antes, la cual fue determinante en la construcción del PSOE renovado de González, especialmente aquella del SPD y la CIA. Por poner un ejemplo, Grimaldos destaca que los yanquis, temerosos de repetir una transición “fuera de control” como la revolución de los claveles en Portugal, intervinieron de la siguiente manera:

«Los servicios secretos norteamericanos y la socialdemocracia alemana se turnan celosamente en la dirección de la Transición española, con dos objetivos: impedir una revolución tras la muerte de Franco y aniquilar a la izquierda comunista. Este fino trabajo de construir un partido “de izquierda”, para impedir precisamente que la izquierda se haga con el poder en España, es obra de la CIA, en colaboración con la Internacional Socialista. El primer diseño de esta larga operación se remonta hasta la década de los sesenta, cuando el régimen empezaba ya a ceder, inevitablemente, bajo la presión de las luchas obreras y las reivindicaciones populares. El crecimiento espectacular del PCE y la desaparición de los sindicatos y partidos anteriores a la Guerra Civil, especialmente la UGT y el PSOE, hacen temer una supremacía comunista en la salida del franquismo».

Y se suma abundante documentación como prueba de estos vínculos. El propio Joan Garcés, del sector crítico apartado del PSOE, menciona a Carlos Zayas, miembro de la primera candidatura del nuevo PSOE, y lo cita:

“[Zayas] aparece informando asiduamente a la Embajada [estadounidense] sobre personas de sensibilidad socialista susceptibles de sumarse a combatir al Partido Comunista si recibieran los apoyos materiales que buscaban. Zayas señalaba, entre otros, a Joan Raventós Carner en Barcelona, a José Federico de Carvaljal y a Mariano Rubio, al tiempo que desvelaba como principal agente del Partido Comunista en Madrid a Federico Sánchez”.

Conforme avanzaba la Transición, esta connivencia americano-alemana se fue intensificando: los 200 millones de pesetas recibidas por la UGT por parte de sindicatos amarillos de EEUU, el dinero de la CIA que fluyó a través de la fundación Ebert





Stiftung del SPD hacia el PSOE y el PS portugués, el apoyo de Kissinger y Helmut Schmidt para que el PSOE no entrara a la Junta Democrática... La lista es interminable y el entramado PSOE-SPD-CIA era tan amplio como evidente. Además del libro de Grimaldos, hay otros mil libros y textos que reconocen interminables pruebas sobre esta colaboración y su intencionalidad anticomunista –no solo contra el PCE, pues también este pronto entraría en una senda de integración, pero sí principalmente–.

Valga como síntesis del espíritu de esta red la cita de José Mario Armero, abogado de grandes capitales americanos, y su vínculo con el Estado español. Entre otras cosas, es famoso por haberse entrevistado con Carrillo por aquellos años para canalizar la legalización del PCE bajo la condición de su integración en el Estado. Dice así:

“La realidad demuestra que hoy en España gobierna un partido socialdemócrata, europeo, occidentalista, pronorteamericano y decididamente atlantista. En un año de gobierno, los hombres del PSOE han cumplido un papel realmente singular: la casi destrucción de la izquierda tradicional española, en buena parte marxista y revolucionaria, que seguía una tradición muy distinta a los nuevos derroteros que han tomado los jóvenes dirigentes socialistas. Realmente nada tienen que ver con Pablo Iglesias, ni con Francisco Largo Caballero, ni siquiera con Rodolfo Llopis. Y han conseguido sustituir lo que siempre se ha considerado como izquierda por una socialdemocracia, que es un amplio fenómeno donde cabe la libre empresa, la propiedad privada, los europeos, los norteamericanos y la OTAN”.

Para poder disfrutar de los privilegios de pertenecer al centro imperialista y recibir parte de las ganancias (internacionalización, acceso a financiación, sistema de patentes, libre circulación...), también se debían asumir las responsabilidades y aportar a la maquinaria de guerra dirigida por Washington

Y precisamente la integración en la OTAN fue uno de los pilares fundamentales de toda esta integración del Estado español en el imperialismo occidental. El proceso de la integración en la OTAN tenía un largo recorrido: había comenzado durante el Gobierno de Calvo Sotelo, cuando el PSOE se oponía frontalmente. De hecho, junto con el lema de “OTAN, de entrada NO”, el PSOE se comprometía a celebrar un referéndum sobre la permanencia en la Alianza Atlántica.

Todo cambió al llegar al Gobierno, y se demostró que las protestas precedentes no eran más que papel mojado electoral. Al fin y al cabo, la adhesión a la alianza militar estuvo indisolublemente unida a los apoyos que recabó González de otros Gobiernos para la integración en la CEE, por ejemplo. De esta manera, si se quería disfrutar de los privilegios de pertenecer al centro imperialista y recibir parte de las ganancias (internacionalización, acceso a financiación, sistema de patentes, libre circulación...), también se debían asumir las responsabilidades y aportar a la maquinaria de guerra dirigida por Washington. A modo de ejemplo, el cambio de postura del democristiano Köhl sobre la admisión del Estado español en la CEE vino de la mano –aunque fuera simbólicamente– de la declaración de Felipe González a favor de los “euromisiles” que debían colocarse en la RFA. De hecho, Mitterrand defendió la entrada de España a la CEE como garantía de su permanencia en la OTAN. Como se ha expuesto más arriba, el PSOE ya había asumido la responsabilidad del poder del Estado capitalista, e integrarse en el bloque occidental era la mejor oportunidad para el gran capital español. A aquellas alturas, por tanto, no había debate real que dar, solo apariencias que guardar.

Y así, escudándose en que no podía ponerse en peligro la candidatura a integrarse en la CEE, altos cargos del partido y del Gobierno comenzaron a cambiar la postura, primero a una opinión ambigua, y después favorable a la OTAN. ¡Hablamos de un partido que apenas diez años antes se presentaba como antíperialista! El propio Luis Solana defendía la no alienación en la Guerra Fría y condenaba el atlantismo. Sin embargo, naturalmente, este viraje no cuajó fácilmente, y la dirección tuvo su desquite con la oposición de sus propios militantes en el XXX Congreso de 1984. Mucho más fuerte fue la contestación en la calle, especialmente por parte de movimientos y organizaciones independientes, tales como Herri Batasuna. Esto obligó al Gobierno a convocar el prometido referéndum.

Para poder hacer equilibrios entre su imagen joven, rebelde e idealista y su política pragmática de compromisos de Estado, González y su camailla optaron por una agresiva campaña. Jugaron la carta de pintar un panorama catastrófico para una posible victoria del “no”, así como la de sugerir un vacío de poder en el Gobierno en tal caso; es decir, jugaron la misma carta que se utilizó en el XXVIII Congreso. Tampoco puede pasarse por alto el imprescindible apoyo del PNV, CiU y otros. Al final, toda la oposición de aquel PSOE quedó en un acuerdo que limitaba la adhesión, la cual no sirvió de nada cuando Aznar pasó por encima en 1997 y decidió la adhesión a la estructura militar integrada de la alianza.

Gobierno FELIPE

El hecho de que el primer Gobierno socialista lograra, en tan poco tiempo, una colaboración que el viejo franquismo ambicionaba desde tiempo atrás es una prueba notable de que el nuevo proyecto representado por el PSOE era más efectivo también en términos represivos, al igual que ya lo había demostrado en términos de integración en el bloque occidental

COLABORACIÓN — La forja del PSOE



La liquidación ideológica y conversión de los objetivos del Estado capitalista español en programa del partido sintetiza el espíritu de la forja del PSOE de la Transición. El nuevo PSOE que representaba al nuevo viejo Estado

La contraparte necesaria de la claudicación política fue la represión contra aquellos que no lo hicieran. Al igual que en la lucha contra la OTAN, el PSOE afrontó constantemente la esquizofrenia entre mantener su relato de la gesta de los jóvenes renovadores combatiendo la vieja España y sus compromisos políticos reales con los círculos empresariales estatales e internacionales.

Apenas habían transcurrido dos años desde la asunción del poder por González cuando el ministro de Interior, José Barrionuevo, firmó un acuerdo con su homólogo francés, Gaston Deferre, para perseguir a los militantes refugiados en Iparralde. Estos “acuerdos de la Castellana” de 1984 fueron un éxito en toda regla de la integración lograda por el PSOE. El hecho de que el primer Gobierno socialista lograra, en tan poco tiempo, una colaboración que el viejo franquismo ambicionaba desde tiempo atrás es una prueba notable de que el nuevo proyecto representado por el PSOE era más efectivo también en términos represivos, al igual que ya lo había demostrado en términos de integración en el bloque occidental. Así, a través de la colaboración de la socialdemocracia internacional –artífice del PSOE de González–, se consiguieron las ansiadas herramientas para aplastar al muy activo movimiento político de ruptura que subsistía en Euskal Herria, el MLNV, y también en otros territorios. De hecho, tras la victoria de los conservadores franceses en 1986, el acuerdo se mantuvo y fue ampliándose. El PSOE era, en definitiva, la encarnación de la modernización del Estado capitalista español.

Asimismo, desde el mismo origen del Estado constitucional nació la supuesta excepcionalidad de suspensión de los derechos fundamentales. La Zona Especial Norte (ZEN) en 1983, la Ley Orgánica 9/1984, la introducción del delito de apología en el Código Penal... Las medidas excepcionales se convirtieron en rutinarias: los controles indiscrimina-

dos, la violación del domicilio y de la intimidad, la elusión del control judicial, la invasión policial de Hego Euskal Herria, la tortura y un largo etcétera.

La corona del plan de liquidación de aquel movimiento fueron, sin duda, los GAL. El movimiento de organizaciones y militancia revolucionaria comprometida hacia ver las costuras del nuevo viejo Estado y, a su vez, dejaba en evidencia lo vacío de los discursos y de la fraseología del PSOE, tratando de hacerse ver como la izquierda por excelencia: campañas contra la OTAN, la Policía y el Ejército; el apoyo a las luchas obreras; el derecho de autodeterminación... Todo ello estaba en el punto de mira del Estado, que necesitaba paz social o, al menos, un nivel de conflicto asumible. Era necesario integrar a la oposición antifranquista en el Estado, como se lograría con el PCE de Carrillo. No obstante, con el MLNV y otros eso no era posible, y el PSOE añadió a todas las medidas ya mencionadas el asesinato directo de militantes. Dicha matanza, centrada en los refugiados de Iparralde, se perpetró directamente desde los cuerpos policiales y militares del Estado, financiados por fondos reservados y bajo órdenes directas de la directiva del PSOE.

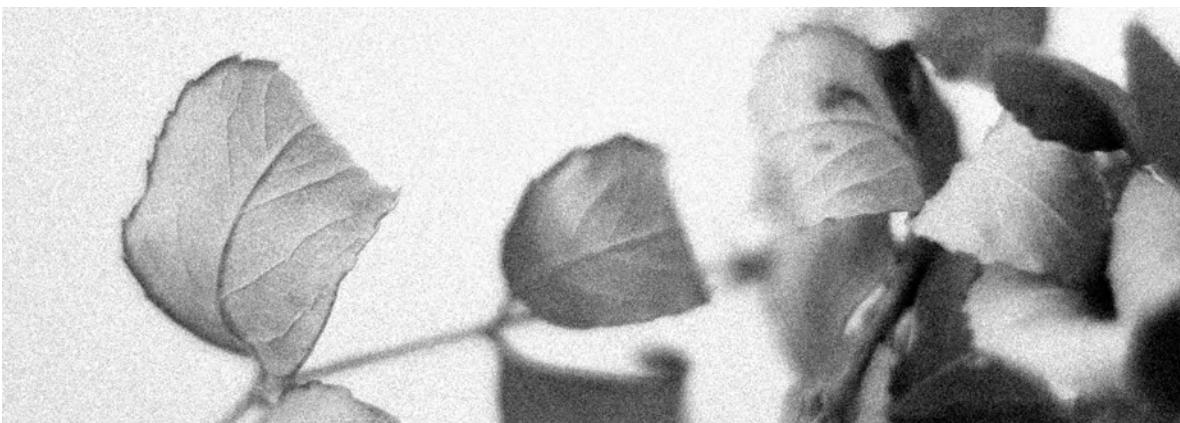
Sería interminable enumerar y más aún explicar todos y cada uno de los compromisos que tomó el PSOE para cumplir su papel de, nunca mejor dicho, partido de Estado. La mencionada renuncia al derecho de autodeterminación y la consiguiente consagración del Estado de las autonomías como programa propio para mantener la opresión nacional, aderezado con la distante promesa federal, fue otro de los pilares fundamentales de la construcción del nuevo Estado. En cualquier caso, la liquidación ideológica y conversión de los objetivos del Estado capitalista español en programa del partido sintetiza el espíritu de la forja del PSOE de la Transición. El nuevo PSOE que representaba al nuevo viejo Estado. ●



NADA CAMBIA

Texto — **Eneko Carrión**

Me ha tocado escribir sobre el PSOE, uno, si no el más, importante de los actores en el proceso de modernización del Estado español y pilar del régimen del 78, agente pacificador y gestor en los momentos de agudización de los conflictos de clase. Desde José Luis Rodríguez Zapatero, gestionando los años posteriores a 2008, hasta Pedro Sánchez, garantizando la paz social frente a la pandemia, el conflicto catalán, la DANA, el apagón o la corrupción en sus filas, el PSOE es clave en el mantenimiento del régimen burgués español. Es por ello que este reportaje tiene como objetivo el análisis de los últimos años del partido, examinando cómo ha gestionado los conflictos y configurado sus alianzas y apoyos, pero intentando ir más allá del mero análisis electoral y sociológico, con el fin de sacar a la luz los intereses de clase que subyacen al partido.



¿CÓMO HEMOS LLEGADO HASTA AQUÍ?

La crisis del 2008 es percibida por muchos como un momento de inflexión, tanto a nivel global, como a nivel estatal o local. El crack financiero y la posterior salvación de los bancos por parte del Estado, el aumento del empobrecimiento y el crecimiento de los desahucios y embargos enseñaron el verdadero rostro de la sociedad en la que vivimos, demostrando, una vez más, la clara incapacidad de los mandatarios para gestionar una sociedad en crisis. Esta incapacidad ha sido una de las principales razones del declive de los partidos socialdemócratas clásicos en Europa, como el PASOK en Grecia y el PS en Francia, y a su vez una de las causas del surgimiento de partidos de corte populista, como Francia Insumisa, Syriza o Podemos. La cifra de 6 millones de parados y una tasa de exclusión social y riesgo de pobreza que afectaba a unos 12 millones de personas generaron, como era de esperar, un enorme descontento social: un descontento dirigido contra las instituciones europeas, estatales y en concreto contra el PSOE de José Luis Rodríguez Zapatero como gestor de la crisis. En el caso del Estado español, este enfado y sus expresiones de rechazo tomaron el nombre de 15-M. Fue un largo ciclo de lucha con una gran variedad de expresiones, entre ellas, las huelgas generales entre 2010-2012, los indignados tomando las plazas, el Rodea el Congreso en 2012 o las Marchas de la Dignidad de 2014.

Sin embargo, lo que radicaba en las entrañas de este descontento no era un rechazo a las medidas económicas y al empobrecimiento generalizado, sino que se trataba de un rechazo hacia la forma institucional del Estado actual, es decir, a la forma de Estado del régimen del 78. Es lo que se ha denominado como crisis de representación o crisis del bipartidismo. En otras palabras, la incapacidad de los dos partidos tradicionales para representar y canalizar las demandas de grandes capas de la sociedad y para dar respuesta al gigante descontento social, particularmente visible en las generaciones más jóvenes.

Fruto de este descontento surgieron nuevas fuerzas políticas, en forma de movimientos sociales (vivienda, feminismo, ecologismo...) y partidos electorales, siendo Podemos (2014) el principal exponente. Fuerzas que, de una manera u otra, pug-

naban por el espacio a la izquierda del PSOE, rompiendo así con la hegemonía que llevaba décadas manteniendo. A su vez, esta crisis política tuvo su propia expresión en el *procés* catalán de 2017, con un auge del independentismo que supuso un enorme reto para los partidos en el Gobierno.

Es en este convulso contexto donde aparece uno de los principales protagonistas de la política española de los últimos años: Pedro Sánchez. Después de la dimisión de Alfredo Pérez Rubalcaba en 2014 por los malos resultados en las elecciones europeas, el actual presidente fue elegido como sucesor, mediante votación directa de la militancia. Tras unos nefastos resultados electorales en 2015, con una pérdida de 20 escaños (1.500.000 votos), el fracaso de la investidura y otros malos resultados en 2016 (aunque se recuperó cierto voto perdido) su liderazgo fue cuestionado. Constituyeron una muestra de ello las pugnas internas con el otro sector del Partido, representado por Susana Díaz y apoyado por Felipe González. No obstante, tras superar esta lucha, Pedro Sánchez fue reelegido en la presidencia del partido, reforzando la cohesión interna hacia su figura y minando la de sus opositores. Así, asumió el cargo con las tareas de renovar la confianza en su partido y de hacer frente a una mermada situación económica, un notorio descenso electoral, el auge de los partidos a su izquierda y las consecuencias del conflicto catalán. Por demérito ajeno o méritos propios, seguramente por las dos cosas, el PSOE ha sido capaz de adaptarse a este nuevo contexto y volver a ser el principal referente de la izquierda parlamentaria.

La ingente cantidad de sucesos acaecidos estos últimos años complica el análisis, por lo que he elaborado una tabla que recoge en orden cronológico los principales sucesos del periodo del sanchismo (probablemente me haya dejado alguno), para facilitar la comprensión y la secuenciación de lo comentado. He dividido el reportaje en 3 bloques principales, con los que para mí son los 3 principales apoyos del sanchismo: la subordinación del espacio a su izquierda, el apoyo del "independentismo" y el freno a la extrema derecha, junto a las medidas para la cohesión social.

AÑO	SUCESO
Mayo de 2017	Reelección de Pedro Sánchez en las primarias
Octubre de 2017	Referéndum de Cataluña
Junio de 2018	Moción de censura contra M. Rajoy, y P. Sánchez se convierte en presidente
Abril de 2019	Elecciones generales y victoria del PSOE
Septiembre de 2019	Creación de Más País
Octubre de 2019	Sentencia del procés (tensiones con ERC)
Noviembre del 2019	Repetición electoral y victoria del PSOE
Enero de 2020	Formación del Gobierno de coalición con UP
Marzo de 2020	Aplicación del estado de alarma por la Covid-19
Junio de 2021	Indultos parciales a los condenados por el procés
Febrero de 2022	Ataque de Rusia contra Ucrania
Marzo de 2022	Apoyo de España al plan de autonomía marroquí para Sahara Occidental
Octubre de 2022	Entrada en vigor de la ley “Solo sí es sí”
Mayo de 2023	Formación de Sumar
Julio de 2023	Elecciones generales, gana el PP pero no logra apoyos
Octubre de 2023	Intensificación del conflicto palestino
Noviembre de 2023	Investidura de Pedro Sánchez con voto a favor de PSOE, Sumar, ERC, Junts, EH Bildu, PNV, BNG
Febrero de 2024	Estalla el Caso Koldo/Ábalos Se aprueba la Ley de Amnistía
Octubre de 2024	La DANA
Abil de 2025	El Apagón



La propuesta política populista de Podemos surge, por un lado, debido a la crisis de la propuesta socioliberal del PSOE y, por otro lado, como respuesta a un deterioro de las condiciones de vida, en la que sectores de la aristocracia obrera y la pequeña burguesía necesitan poner trabas a este empobrecimiento

SANCHISMO Y FAGOCITACIÓN/ DEACTIVACIÓN DE LA IZQUIERDA

El periodo pos-Zapatero puede ser visto como la fase de adaptación del PSOE al nuevo contexto social y electoral. Uno de los elementos principales de la nueva estrategia del partido fue la adecuación a un entorno de pugna por la hegemonía de la izquierda.

La crisis de 2008 y sus consecuencias tuvieron su máximo exponente en el nuevo partido denominado Podemos. Esta propuesta política populista surge, por un lado, debido a la crisis de la propuesta socioliberal del PSOE y, por otro lado, como respuesta a un deterioro de las condiciones de vida, en la que sectores de la aristocracia obrera y la pequeña burguesía necesitan poner trabas a este empobrecimiento. Irrumpió en el espectro político cuando el movimiento 15-M comenzaba a flaquear, debido a la falta de horizonte estratégico y una organización que articulara su descontento. Podemos llegó con cantos de sirena de cambio, intentando representar a todas esas personas no identificadas con la política tradicional, con un marcado discurso *anti-establishment* y una serie de propuestas “rupturistas”. Mientras que dejaban de lado apelaciones a la clase obrera y al socialismo, su discurso iba dirigido al “pueblo”, a los ciudadanos, a los de abajo, a la clase media. Este es uno de los elementos clave de la forma populista que ha adquirido la política en las últimas décadas, la cual afecta e influencia a todos los partidos, pero hay algunos que lo representan de manera más directa. En ese primer momento de “radicalidad”, Podemos intentó erigirse como el representante de todo ese movimiento popular, creando un programa en el que se le diera cabida a algunas de las reivindicaciones de esos movimiento sociales mientras, a su vez, logró integrar a varios referentes de estos espacios en sus filas. Esa relación entre Partido-movimientos, fue cada vez más compleja y problemática, debido, en gran parte, a la incapacidad de llevar a cabo aquellas bonitas promesas y a una estructura jerárquica basada en personalismos.

El PSOE se iba adaptando al nuevo contexto e iba elaborando una nueva estrategia para recuperar su posición. En un primer momento, optaron por la confrontación directa y la deslegitimación del discurso de Podemos, ejemplo de ello son las palabras de Pedro Sánchez en 2014: “ni antes ni después el PSOE iba a pactar con el populismo”. Aun así, no estaba claro cómo enfrentarse al contexto de rivalidad electoral, algunos opinaban que debía priorizarse la hegemonía en la izquierda (Pedro Sánchez)

y vencer a Podemos, mientras que otros defendían la necesidad de aumentar la posición centrista (Susana Díaz) y vencer al PP, con el objetivo de gobernar. No obstante, la fuga de votos y la incapacidad de formar gobierno durante las elecciones de 2015 y 2016 provocaron divisiones internas y cuestionamiento del liderazgo de Pedro Sánchez. En 2015, el PSOE perdió veinte escaños (logró 90), mientras Podemos consiguió 69, una diferencia de menos de 400.000 votos. En esos comicios, el 26,2% del electorado socialista votó a Podemos e IU, mientras que un 6,6% optó por la abstención o el voto en blanco. Un año más tarde, el PSOE aumentó su fidelidad hasta el 77,4%, aunque perdió un 4,7% hacia Unidos Podemos y casi un 10% hacia la abstención, de manera que los resultados en general seguían siendo malos.

Después de meses de tensiones, señalamientos y pugnas, llegó el momento de elegir líder. La reelección de Pedro Sánchez y la reconfiguración establecieron las bases de la renovación del PSOE, reforzando el liderazgo del nuevo secretario general y colocando perfiles afines en posiciones clave. En 2018, el PSOE vio la oportunidad de quitar al PP del gobierno, el cual se veía minado por los casos de corrupción, y erigirse como la alternativa real al auge de la extrema derecha. La moción prosperó y estableció las bases de los que se convertirían en los partidos de apoyo del PSOE, la izquierda “radical” y los “independistas” (como podemos observar en la imagen de la siguiente página). Estos apoyos hay que entenderlos dentro del pilar principal de la estrategia del Partido Socialista: buscar ser la única alternativa a un Gobierno del PP con VOX, convirtiéndose en el representante del voto útil.

**Posición de los partidos ante la moción de censura
de 2018 contra Mariano Rajoy**



La fragmentación en la izquierda ha complicado la formación de gobiernos estables, por lo que ha habido que llegar a más acuerdos con más partidos. En ese contexto, la primera opción del PSOE fue intentar gobernar o recibir el apoyo de Ciudadanos después de las elecciones de 2019, lo cual no prosperó. Después de la repetición electoral a finales de 2019, al PSOE no le quedó más remedio que ceder ciertos puestos a UP. El Gobierno de coalición contó con Pablo Iglesias, Yolanda Díaz, Irene Montero, Alberto Garzón y Manuel Castells en el Consejo de Ministros. Aunque no fuese la opción preferida del PSOE, la entrada de UP al Gobierno podía ser una forma de seguir minando a un partido que había prometido cambiarlo todo, ya que, como se ha demostrado, gobernar desgasta electoralmente y más a un partido con las características de UP. Este desgaste estaba siendo evidente, como quedó claro con la escisión de Más País, liderada por Iñigo Errejón ese mismo año. El PSOE sólo tenía que seguir desgastando a un partido cuya estrategia (o la falta de una) le estaba llevando al declive electoral, como se puede apreciar en la próxima tabla.

La época en el Gobierno de coalición causó un gran desgaste a Podemos, y cada vez eran más las voces internas que pedían una renovación en el partido. Fue en 2023, después de que los principales líderes del primer Podemos hubieran abandonado el partido, cuando Yolanda Díaz dio el paso y fundó Sumar. Una vez más, se había cumplido aquello de que la izquierda se divide y se debilita, lo cual generó una enorme desilusión y aumentó la desafección que ya para entonces era bastante grande.

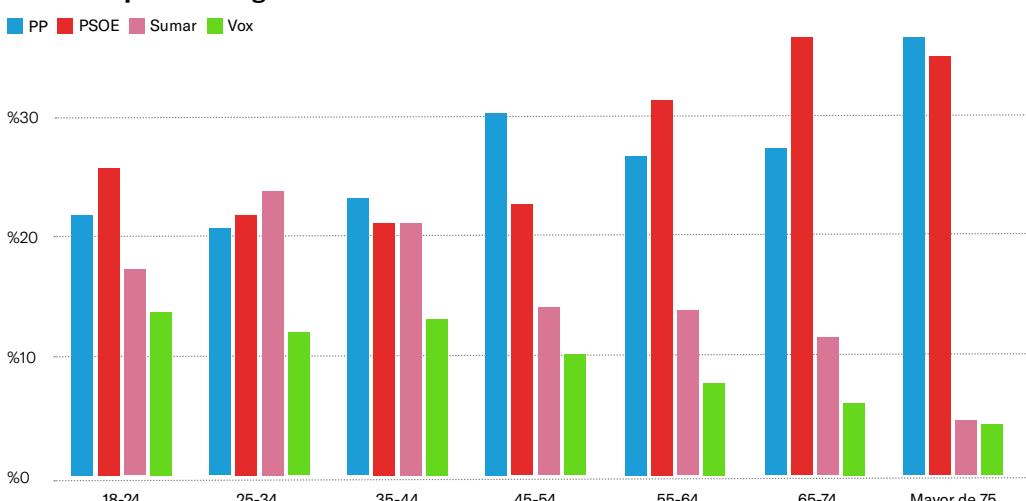
El apoyo de la izquierda “radical” y los “independentistas” hay que entenderlos dentro del pilar principal de la estrategia del Partido Socialista: buscar ser la única alternativa a un Gobierno del PP con VOX, convirtiéndose en el representante del voto útil

ELECCIÓN	AÑO	% DE VOTO APROXIMADO
Europeas	2014	7,98 %
Generales	2015	20,7 %
Generales	2016	21,1% (Unidas Podemos)
Generales (Abril)	2019	14,31 % (Unidas Podemos)
Generales (Noviembre)	2019	12,97 % (Unidas Podemos)
Europeas	2019	10,17 % (Cambiar Europa)
Generales	2023	12,33 (Sumar)
Europeas	2024	3,3 % (Podemos)

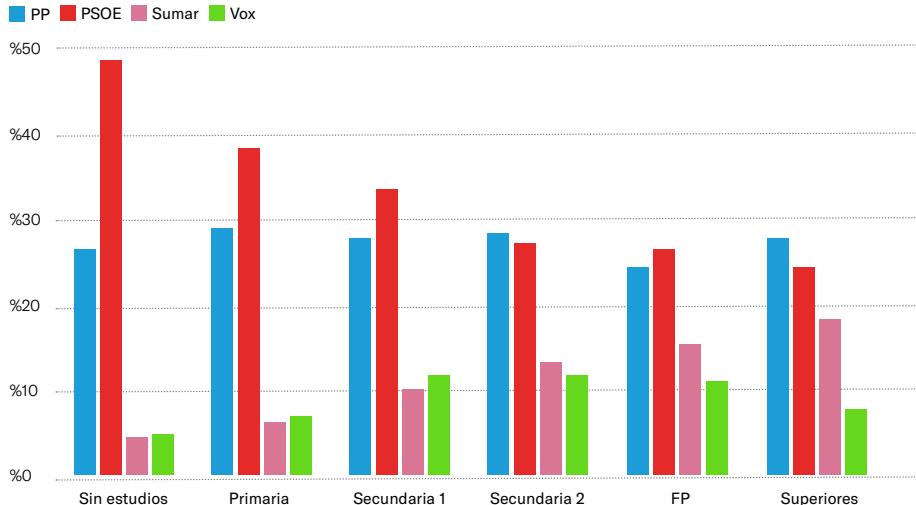
En este sentido, es interesante observar cuáles han sido los sectores que han apoyado a los partidos de izquierda estas últimas elecciones. Para ello, he analizado la encuesta realizada por el CIS antes de las elecciones de 2023, la cual deja fuera a UP. Estas encuestas no se realizan, evidentemente, en términos marxistas, por lo que siempre hay que tomarlas con bastante precaución, aún así creo que aporta interesantes elementos al análisis.

Si observamos a los votantes por edad, vemos que el PSOE es el principal partido entre los jóvenes, aunque Sumar le sigue de cerca. Según avanza la edad, el partido de Pedro Sánchez aumenta el margen respecto al de Yolanda Díaz, cuya base electoral está claramente anclada en sectores juveniles y cercanos. Mientras tanto, el PSOE se hace fuerte en sectores más tradicionales, los cuales vivieron la dictadura o la transición.

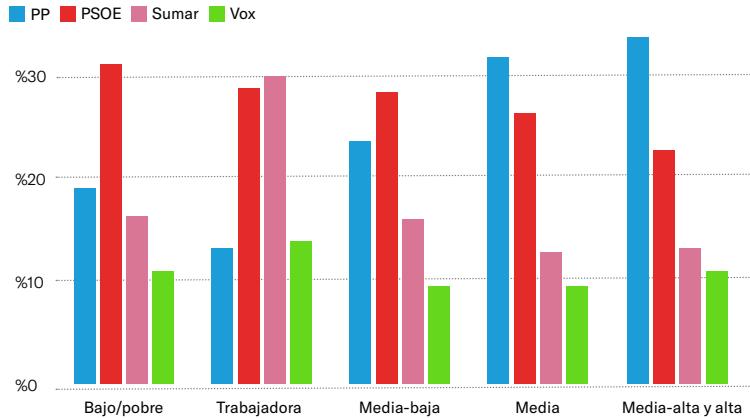
Voto a los partidos según la edad



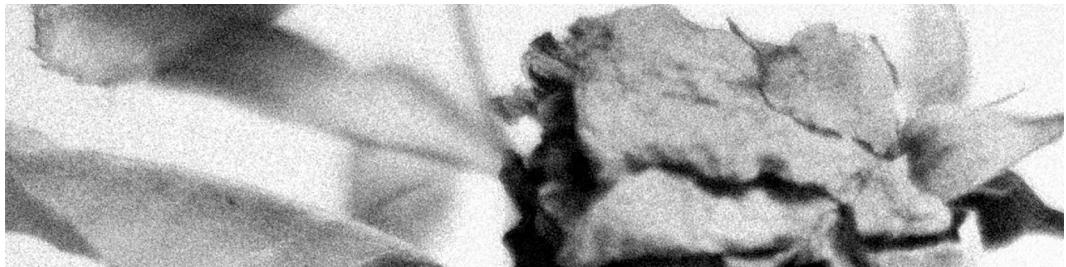
Votos a los partidos según el nivel de estudios



Voto a los partidos según la clase social



Hay muchos países en los que la izquierda ha dejado de ser el partido de los obreros "clásicos" y se ha hecho fuerte en sectores con un alto nivel de estudios (como ha ocurrido con el Partido Demócrata de EEUU)



En estos dos gráficos podemos observar la elección de votos, por un lado, según la autopercepción del electorado y, por otro lado, según el nivel de estudios. Queda claro que el partido en el gobierno se nutre en gran medida de sectores de niveles educativos bajos que, probablemente, se autopercebían como pobres. Cuanto mayor nivel educativo, menor apoyo recaba el partido socialista, mientras que a Sumar le ocurre justo lo contrario. Este fenómeno está siendo identificado en muchos países (como el Partido Demócrata de EEUU), en los que la izquierda ha dejado de ser el partido de los obreros “clásicos” y se ha hecho fuerte en sectores con un alto nivel de estudios. Parece que el PSOE sigue manteniendo el nicho electoral vinculado a la clase trabajadora “clásica”.

No obstante, si nos quedamos con estos datos, vamos a dar una imagen muy tergiversada de la realidad, en la que el PSOE se refleja como la elección de la clase obrera y es que, tal y como se observa, elección tras elección, amplias capas de la sociedad deciden no votar, especialmente entre los sectores de menor capacidad económica. Es importante señalar que mientras un sector no se siente identificado con la política institucional, otros sectores de mayor capacidad económica –grandes sectores de la aristocracia obrera, como el funcionariado– se están movilizando para preservar su estatus. La desafección hacia la política institucional es bastante latente en sectores de la izquierda, aunque no hay que obviar que la posibilidad de un gobierno de PP y VOX está siendo un elemento movilizador, como se observa en el crecimiento de 4 puntos en la participación de las elecciones de 2023, comparándolas con las de 2019. Esta desafección ha sido causada, por una parte, por la imposibilidad de cumplir las promesas y, por otra, por la falta de ambición y valentía para llevarlas a cabo, lo cual está abriendo las puertas a alternativas reaccionarias como VOX. Asimismo, a todo esto hay que sumarle las pugnas personalistas que tanto hemos visto en los últimos años.

La ruptura entre Podemos y Sumar fue vista como un cambio de época, la implosión del espacio de la izquierda inaugurado en 2014

La ruptura entre Podemos y Sumar fue vista como un cambio de época, la implosión del espacio de la izquierda inaugurado en 2014. La formación morada, después de ir junto a Sumar a las elecciones en julio de 2023, abandonó la coalición (compuesta por una quincena de organizaciones) 5 meses después y pasó al grupo mixto con cinco escaños. El espacio que en 2015 logró más de 5 millones de votos (algo más de 3, en 2023) había estallado. Se puede decir que el PSOE ha acertado en su estrategia, ya que ha conseguido volver a ser el referente principal en la izquierda (evidentemente, dentro de los cambios en el contexto actual), algo que no parecía tan fácil hace unos años. El continuo desgaste de Podemos ha facilitado este proceso, en gran medida, por la falta de unos principios políticos comunes firmes y una política basada en liderazgos personales, como han sido Pablo Iglesias, Iñigo Errejón o Yolanda Díaz. Una vez evitado el sorpaso de otro partido, el PSOE ha logrado una muleta que le facilita gobernar en este nuevo contexto.

PSOE Y EL “INDEPENDENTISMO”

Cataluña posprocés

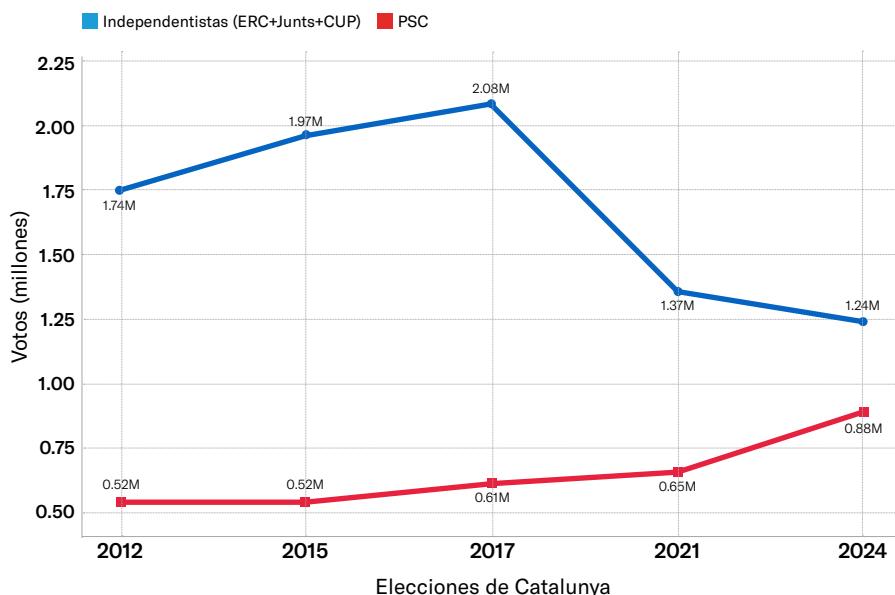
Visité los Països Catalans semanas antes del referéndum, donde todo era ilusión y sensación de victoria. Aunque pareciera imposible que el estado pudiese lograr desactivar todo ese activismo y movilización, años más tarde no queda más que la sombra de lo que fue aquello. Y entre los responsables de esa desactivación y asimilación está el PSOE, el cual ha sabido canalizar ese impulso en forma de concesiones, claudicaciones y competencias. Asimismo, de ninguna manera se puede olvidar la responsabilidad de los partidos “independentistas” y su falta de estrategia. Todo ha quedado relegado a una mesa en la que los políticos mercadean con sus intereses partidistas a espaldas de la gente.

Mariano Rajoy gestionó el conflicto catalán a base de represión, algo que Sánchez ha cambiado, aunque no del todo. El Gobierno Central ha promovido un indulto parcial, la derogación del delito de Sedición del Código Penal y la Ley de Amnistía como formas de restaurar la normalidad política y fortalecer al PSOE. No obstante, opino que la represión ha fortalecido la imagen de ciertos partidos, sobre todo de Junts (Puigdemont), dándole una imagen de rupturista, lo cual le ha servido para volver a crecer electoralmente. A pesar de ello, al que mejor le va es al PSC de Salvador Illa, como podemos observar en la siguiente tabla.

Uno de los elementos a destacar en la era posprocés ha sido el de la desafección hacia los partidos por su incapacidad de realizar avances reales, lo cual se refleja en el descenso de la participación electoral (abstención y dispersión del voto). Asimismo, resulta relevante la ruptura del bloque independentista, motivada, entre otras razones, por la falta de estrategia y las pugnas partidistas. Tampoco hay que olvidar el declive de la CUP, pasando de nueve escaños en 2021 a cuatro en 2024, perdiendo algo más de 60.000 votos. De este modo, se evidencia que el procés no ha cumplido ninguna de las promesas formuladas y que, lejos de fortalecer los proyectos rupturistas, los ha debilitado. En este sentido, habría que analizarlo con mayor profundidad para extraer importantes lecciones. Toda la euforia desencadenada por el procés ha sido asimilada en forma de orden, calma y actitud legal. Todo eso para lograr un acuerdo (julio de este año) para un nuevo sistema de financiación singular, en el que la Generalitat dispone de mayor capacidad normativa en la gestión tributaria. La burguesía catalana ha logrado sentarse en una mesa con el



Evolución de votos en Catalunya (2012-2024)



Toda la euforia desencadenada por el procés ha sido asimilada en forma de orden, calma y actitud legal

Gobierno, donde intenta dotarse de mecanismos institucionales que favorezcan su posicionamiento en un orden global cada vez más complejo.

EH Bildu-PNV: pugna por la servidumbre

Más allá de los Països Catalans, en Euskal Herria se ha abierto una pugna entre los dos principales partidos para ver quién consigue transferir más competencias y dinero a las instituciones de la Comunidad Autónoma Vasca. EH Bildu ha optado por seguir la estrategia estatista y competencial del PNV, lo que ha facilitado al Gobierno la aprobación de presupuestos y leyes. Ambas formaciones se han consolidado como actores clave para el PSOE, intercambiando apoyos y estabilidad por transferencias e inversiones.

Aun así, el PNV sigue siendo el socio prioritario, tanto a nivel local como estatal, ya que es con quien crean comisiones técnicas para la gestión de las transferencias (prisiones, Seguridad Social, ferrocarriles, títulos, Ertzaintza, etc.) y de las inversiones. A cambio, el PNV apoyó la investidura de 2023 y ha brindado estabilidad legislativa al Ejecutivo. Por su parte, EH Bildu, en el marco de su estrategia de llegar a gobernar, está intentado cambiar su imagen presentándose como partido de

orden y gestión. Dentro de la lógica del voto útil y el mal menor, ha apoyado al Gobierno de Pedro Sánchez como freno a la derecha. Como resultado, ha logrado cierta relevancia en la aprobación de diversas leyes (apoyo a 80 iniciativas del Gobierno entre 2019-2023, según algunos datos) como la Ley de Vivienda, la reforma de las pensiones, el SMI o la Ley de Memoria Democrática. El Gobierno ha otorgado a Bildu una cierta agenda social mediante pactos verbales, pero sin estructuras bilaterales. La relación entre el Gobierno y Bildu evoluciona, y se evidencia que cada vez negocian más entre bambalinas, como ocurrió con los apoyos en el Gobierno de Navarra y el Ayuntamiento de Iruña. Queda por ver cómo evolucionan estos apoyos en un momento de gran deslegitimación hacia el Gobierno Central como en el que nos encontramos actualmente. Lo que resulta claro es que lo que subyace a estas dos propuestas es lo mismo: dotar a las instituciones de la CAV de más mecanismos (como la Seguridad Social), para mejorar así la posición de las empresas y, con ello, obtener ingresos que les permitan mantener ciertas cuotas de bienestar para algunas capas sociales, que a su vez sirvan como apoyos electorales.

Lo que subyace a las propuestas del PNV y Bildu es lo mismo: dotar a las instituciones de la CAV de más mecanismos, para mejorar así la posición de las empresas y, con ello, obtener ingresos que les permitan mantener ciertas cuotas de bienestar para algunas capas sociales, que a su vez sirvan como apoyos electorales

FRENO AL FASCISMO Y MEDIDAS SOCIALES

Otro de los pilares, sino el más importante, del partido en el Gobierno ha sido el intento de presentarse como la única alternativa real para bloquear a la extrema derecha y seguir logrando conquistas sociales. Esta estrategia del voto útil, y su concentración en torno al partido socialista, le está siendo muy eficaz a la hora de lograr apoyos y estabilidad. Una estabilidad que viene reforzada gracias a una pacificación social, lograda en gran medida por sus apoyos sindicales en UGT y CCOO, los cuales se activan y desactivan en base a las necesidades del partido de Pedro Sánchez.

El PSOE ha comprendido el nuevo contexto electoral y social y ha sabido adaptarse a este, consciente de que los tiempos han cambiado desde el 2008 y de que ahora las cosas hay que hacerlas de otra manera. En este nuevo marco, adquiere una enorme importancia el elemento comunicativo, estrechamente relacionado con la capacidad para establecer una narrativa propia sobre los hechos. El partido de Pedro Sánchez se ha sumergido completamente en esa lucha cultural, en la que la extrema derecha lleva tiempo invirtiendo, lo que ha generado una polarización social bastante evidente entre los progresistas y los conservadores/reaccionarios, lo cual se refleja en ejemplos tan banales como la pugna entre los programas El Hormiguero y La Revuelta.

El curso político acababa a finales de julio con una rueda de prensa de Pedro Sánchez titulada "Cumpliendo", en la que el presidente y su Ejecutivo sacaban pecho por los "grandes" avances logrados. El Gobierno está haciendo un esfuerzo cada vez mayor por enfrentarse a los bulos y las *fake news* (solo aquellas que le interesa refutar) y por establecer su relato de que las cosas están mejorando. Estos avances son presentados en forma de datos, intentando transmitir una imagen de buenos y fia-

bles gestores a la ciudadanía. A la socialdemocracia, y más actualmente, se le debe conocer por lo que hace y no por lo que dice hacer, analicemos esos avances de los que tanto hablan:

Medidas sociales

El Gobierno impulsó una reforma laboral bajo la premisa de que iba a derogar la anterior aprobada por el PP. Sin embargo, más que una derogación ha resultado ser una adaptación al contexto laboral actual, con más maquillaje de datos que otra cosa. Mientras que el Ejecutivo saca pecho diciendo que las cuotas de afiliación en la Seguridad Social son más altas que nunca, firmándose miles de contratos, la realidad es que los despidos siguen siendo baratos y la precariedad laboral no ha hecho más que afianzarse. La disminución del paro no conlleva, por sí sola, un aumento del bienestar, tal y como evidencia el hecho de que en 2023, 3,5 millones de personas con trabajo vivieran en el umbral de la pobreza. Y es que no hay que olvidar que los datos, muchas veces, esconden más de lo que muestran. Lo podemos ver con el dato del paro, ya que, al no incluir los fijos discontinuos en situación inactiva, el número se reduce en un 31%. A todo este contexto de precariedad y estacionalidad, hay que sumarle el elemento de la inflación, que según datos registrados, se ha tragado en torno a un 15% de los ingresos salariales.

Otra de las grandes medidas, continuación de la reforma impulsada por Zapatero, es la del retraso de la edad de jubilación, la cual será de 66 años y 8 meses en 2025, con la intención de alargarla a los 67 para 2027. El Gobierno sostendrá, a su vez, que ha mejorado la situación de los pensionistas, aunque lo cierto es que más de 4,6 millones de personas reciben pensiones inferiores a 1.000 euros y que un 57% se sitúa por debajo del salario mínimo.



Más años trabajando, además en peores condiciones, y si necesitas una ayuda social, mucha propaganda, mucha traba burocrática, pero poca efectividad. Los datos son claros: la mayoría de quienes podrían acceder a este tipo de ayudas nunca lo logran, y quienes finalmente las consiguen lo hacen bajo férreas medidas de control. Mientras tanto, el 20% más rico acapara el triple de ayudas públicas que el 20% más pobre. Cabe recordar que solo un 11% de las personas migrantes accede a algún tipo de ayuda social, pese a cobrar un 30% menos que la media y teniendo en cuenta que el 60,4% de las personas no comunitarias están en riesgo de pobreza. Algo importante que recordar en este contexto de auge reaccionario.

Vivienda

Otro de los principales temas de toda esta legislatura es y va a ser la vivienda. El Gobierno y los socios que la apoyaron se han llenado la boca con las grandes aportaciones que iba a conllevar la nueva Ley de Vivienda. Una propuesta que propone solucionar el problema garantizando y aumentando los beneficios de los capitalistas. A medida que ha pasado un tiempo desde que se aprobó la ley, todo el mundo se ha dado cuenta de que el problema no ha hecho más que agravarse. El aumento desbocado de los precios sigue expulsando a los sectores más vulnerables de sus hogares y aumentando las dificultades para llegar a fin de mes, lo cual afecta en otros aspectos, como la alimentación o la pobreza energética. Sin embargo, lo más gracioso es que parece que el PSOE no ha tenido ninguna responsabilidad en esta crisis de la vivienda, cuando ha sido un actor principal en el último ciclo inmobiliario posterior a 2008, abriendo las puertas a especuladores y fondos de inversión. Los datos vuelven a ser claros, por mucho que el Gobierno y sus socios lo intenten enmascarar: En primer lugar, 2021 se ejecutaron más de 41.000 desahucios, a pesar de que estuvieran “prohibidos”; en segundo lugar, un trabajador necesita 52 años de salario para comprar una vivienda; y por último, el precio del alquiler se ha incrementado un 14% solo en 2024.

Además, si no tienes otra opción y te ves en la necesidad de ocupar una vivienda, las cosas son cada vez más complicadas gracias al endurecimiento del código penal. A eso habría que sumarle la estigmatización social y la proliferación de los discursos frente a las poblaciones más vulnerables, legitimando prácticas fascistas como las de las empresas de Desokupación; fenómeno alimentado por la extrema derecha, pero cada vez más presente a

nivel social y en los discursos de todos los partidos del arco electoral.

Militarismo

Frente al auge militarista global y su concreción en “Rearm Europe”, el Ejecutivo de Pedro Sánchez ha procurado dar una imagen diferenciada, intentando separarse del servilismo europeo, como se ha podido ver en las declaraciones sobre el aumento del 2% del gasto militar o en su reconocimiento al Estado palestino. Pero una vez más, esto no es más que maquillaje de cara a su electorado, ya que sigue subordinándose completamente a la agenda atlantista. Pedro Sánchez anunció este año que aumentaría el presupuesto militar en más de 10.000 millones y que llegaría al mandato de la OTAN del 2%, convirtiendo la cartera de Defensa en la segunda más financiada de las 22 que hay, solo por detrás de Inclusión, Seguridad Social y Migraciones.

Siguiendo con la política exterior, hay que destacar el continuo apoyo a Ucrania, a quien ha enviado más de 2.950 millones de euros: más de 2.000 en ayuda militar directa, 840 en ayuda financiera y 110 en ayuda humanitaria. Además, ha creado una “Oficina para la reconstrucción de Ucrania”, para que las empresas españolas hagan negocio con la destrucción de la guerra. Por otra parte, está el abandono del pueblo saharaui al aceptar el plan de autonomía de Marruecos, eliminando de un plumazo su reivindicación histórica de la autodeterminación. Tampoco podemos olvidar la complicidad con el genocidio palestino, donde más allá de medidas

La alternancia en el Gobierno junto con la inmobilidad de los pilares del Estado resume bastante bien la política española en las últimas décadas: una constante sensación de cambio cuando realmente nada ha cambiado

ÉPOCA	CASOS PRINCIPALES
Años 80 – 90	GAL, Rumasa, Filesa, AVE, Seat, Guerra, Roldán, Urralburu, Salanueva
Finales 90	Terán, Sanlúcar
2000–2010	ERE, FAFFE
2010–2025	Púnica, Tito Berni, Koldo/Ábalos, Mediador, Begoña Gómez, David Sánchez, Cerdán

cosméticas, no se ha tomado ningún tipo de medida real para hacer frente a la barbarie. Aquí no ha habido sanciones, congelación de cuentas, confiscación de armamento o bloqueo de negocios de empresas armamentísticas.

Asimismo, tampoco hay que olvidar el aumento de las medidas represivas, tanto a nivel de aumento de cuerpos represivos como a nivel jurídico, con el endurecimiento del Código Penal (hurtos, ocupaciones...). En ese sentido, habría que señalar que, pese a las promesas de la derogación de la ley mordaza del Gobierno más progresista de la historia, esta ley cumple diez años. Una década en la que ha abierto más de 2,5 millones de procesos de sanción, con una recaudación de más de 1.200.000€ y con un aumento del 42,92% en castigos relacionados con la actividad política. Tampoco podemos olvidar la represión contra raperos como Pablo Hásel y Valtonyc, o la reciente condena contra los 6 de La Suiza. Por tanto, queda claro el giro autoritario que estamos viviendo, tanto a nivel exterior, con un refuerzo de la estructura militar de la OTAN, como a nivel interno con un refuerzo de los mecanismos represivos del estado.

La izquierda no roba

El PSOE llegó al gobierno debido, en gran medida, al desgaste que le había ocasionado la corrupción al PP. Siete años más tarde, volvemos a estar en las mismas, con un partido desgastado por los constantes casos de corrupción y con una oposición intentando sacar provecho de ello y volver a gobernar.

Aunque parezca que el PSOE ha logrado una serie de apoyos relativamente firmes (Sumar, ERC, PNV, Bildu, Junts...), todo esto se podría venirse abajo con el viejo fantasma de la política española: la corrupción. Vuelven a ponerse en evidencia la estructural unión y la mutua dependencia de los

cargos públicos con la esfera del poder económico. Según algunas estimaciones, los casos de corrupción registrados —tanto en partidos como en sindicatos—, unos 588 con 3.848 implicados, han supuesto un coste cercano a 125.000 millones de euros. Y lejos del relato de la manzana podrida, queda claro que la corrupción en el PSOE ha sido un fenómeno continuo.

Queda por ver lo que pasará en los próximos meses, pues si bien las elecciones serán en 2027, el Gobierno comienza este septiembre a presentar y recabar apoyos para los presupuestos del año que viene, donde parece que podrían surgir problemas. Veremos hasta qué punto son estables los socios del Gobierno o si la ingobernabilidad provoca nuevas elecciones anticipadas, con gran probabilidad de que vuelva el turnismo con el PP y Vox.

CONCLUSIÓN

Este sistema está intrínsecamente unido a un constante desorden, a constantes turbulencias y cambios, lo cual se ve reflejado en la contienda electoral. Los cambios económicos y sociales generan idas y venidas en los apoyos a los partidos, en una rueda que nunca deja de girar. El contexto abierto en 2008 generó un momento de aparente cambio, en el que irrumpieron nuevos partidos y los viejos se tuvieron que adaptar. Mientras que la lógica electoral nos lleva a una falsa sensación de cambio constante, la realidad es que los pilares siguen intactos. Opino que esa idea resume bastante bien la política española en las últimas décadas, una constante sensación de cambio cuando realmente nada ha cambiado. Sea en su forma clásica o populista, la socialdemocracia ha vuelto a demostrar su función histórica: la perpetuación del orden social, convirtiendo la desafección generada por el sistema en votos y bloqueando cualquier posibilidad revolucionaria. ●

PSOE: UN PARTIDO CORRUPTO

Texto — **Aitor Gurrutxaga**





El Partido Socialista Obrero Español organizó su primer congreso en el año 1888. Tuvo lugar en Barcelona, y participaron un total de 60 personas, concretamente, las portavocías de 20 asambleas. En aquel congreso se acordaron el programa de mínimos y máximos, las relaciones con otros agentes políticos y la organización interna, entre otras cuestiones.

Los principios políticos fundamentales acordados fueron la toma del poder por parte de la clase trabajadora, la conversión de la propiedad individual en propiedad común y la sustitución del Estado capitalista por la comunidad de trabajadores como organización social. En definitiva, se caracterizó como un partido que perseguía la libertad plena de la clase trabajadora, es decir, su objetivo era la sociedad sin clases.

En los próximos años, las alianzas creadas con partidos y organizaciones políticas republicanas y los escaños obtenidos en el Parlamento en 1910 otorgaron al Partido Socialista la capacidad de incidir en la sociedad. Además, esta capacidad aumentó gracias a la creación del sindicato UGT y su vínculo orgánico con el partido.

En 1931 consiguió 131 diputados, convirtiéndose en el partido republicano con mayor fuerza. El franquismo, sin embargo, coartó su expansión e influencia al ilegalizar el partido, al igual que hizo con el resto de partidos, lo que empujó a muchos de sus líderes al exilio.

El partido de izquierda más fuerte durante la época franquista fue el Partido Comunista de España (PCE), gracias a su amplia y sólida red militante. El Partido Socialista, en cambio, pasó por momentos críticos durante largos años, debido al exilio de su dirección (sobre todo en Francia y en México) y a sus divisiones internas.

El Partido Socialista se reestructuró durante los últimos años del franquismo. En este sentido, el Congreso de Suresnes (Francia) de 1974 fue imprescindible. Como la vieja dirección se encontraba en el exilio, una nueva generación tomó su relevo, entre la que se encontraban Felipe González, Alonso Guerra y José María Benegas. Junto con esto, comenzaron a trabajar en ciertos cambios estratégicos que durante los próximos años serían aceptados unánimemente.

Las socialdemocracias europeas defendieron el Partido Socialista porque este podía ser quien encauzara la transición del régimen franquista a la democracia de forma pacífica, izquierdista, democrática y reformista.

El mencionado congreso es conocido porque contó con el apoyo de diferentes partidos de fuera del Estado español, y no solo apoyo estratégico, sino también financiero, de infraestructuras y cuadros políticos. Principalmente, fueron el SPD (Partido Socialdemócrata de Alemania) y el PS (Partido Socialista francés) los que ayudaron a reestructurar el Partido Socialista Obrero Español, pese a que el Partido Comunista de España fuera en aquel momento el agente con más fuerza de la oposición al franquismo.

Debe tenerse en cuenta que en el contexto de la época la socialdemocracia contaba con un proyecto y un recorrido propios, y que en muchas ocasiones entraba en conflictos con los comunistas. Por esta razón, y debido a la desconfianza que les causaba el discurso demasiado radical del PCE se decantaron por el PSOE a la hora de elegir aliado. Defendieron el Partido Socialista porque este podía ser quien encauzara la transición del régimen franquista a la democracia de forma pacífica, izquierdista, democrática y reformista.



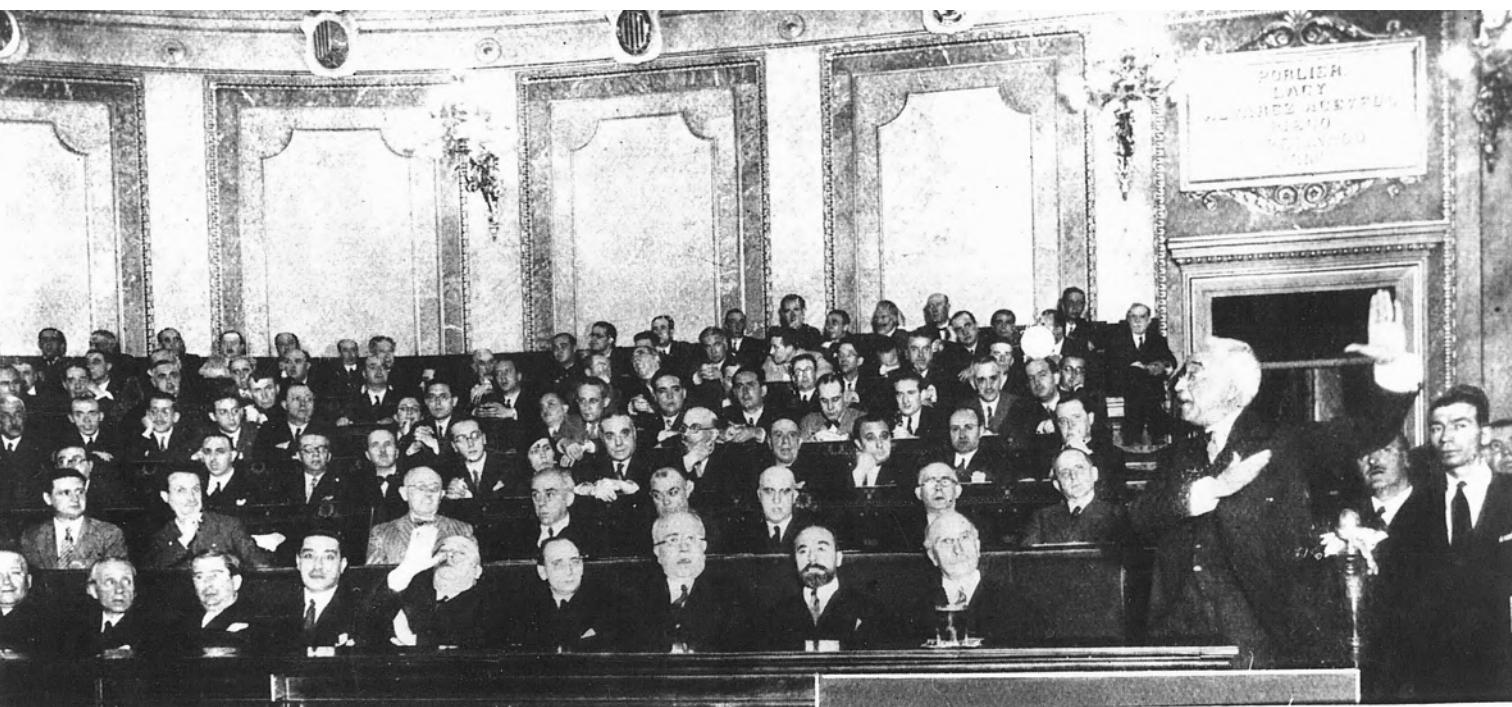
El PSOE dejó de lado la perspectiva marxista sobre el Estado y la idea de la revolución política. Así, aceptó el capitalismo y se dispuso a intentar reformarlo, convirtiéndose en candidato para gobernar el Estado español.

En los próximos años, debido a la muerte del dictador Franco, varios partidos fueron legalizados, entre ellos el Partido Socialista. Valiéndose del cambio de contexto en el Estado español, celebraron su 28º congreso en Madrid.

Dicho congreso tuvo lugar en 1979 y, continuando la línea del Congreso de Suresnes, dio lugar a todo tipo de cambios en el partido. Entre otras cosas, decidieron dejar fuera de su programa el marxismo como doctrina política. Felipe González, quien había ejercido en los últimos cinco años como secretario general, propuso abandonar el marxismo, aunque oficialmente este constituyera la base política del partido. Para él, era necesario modernizarse, y las viejas doctrinas no valían para los contextos del momento. El resultado fue el siguiente: la mayoría de los delegados votó en contra, González dimitió y se organizó un congreso extraordinario para abordar la cuestión.

El congreso extraordinario se celebró unos meses más tarde, donde la propuesta de González, a quien volvieron a nombrar secretario general, fue aprobada por mayoría. A partir de ese momento, el Partido Socialista Obrero Español se describió como el partido socialista democrático de los trabajadores, que lucha por la libertad, la igualdad y la solidaridad.

COLABORACIÓN — PSOE: un partido corrupto



El Partido Socialista Obrero Español, lejos de ser un partido de ruptura, fue una pieza para el mantenimiento del legado político y económico del franquismo. Pese a tener un discurso progresista, no puso en cuestión ni la monarquía, ni el poder judicial, ni el Estado heredado del franquismo

Así las cosas, siguiendo la línea de la socialdemocracia europea, el PSOE se reestructuró rechazando sus bases políticas originales, y consensuó otros principios que se podrían resumir en dejar de lado la perspectiva marxista sobre el Estado y la idea de la revolución política. Así, aceptó el capitalismo y se dispuso a intentar reformarlo, convirtiéndose en candidato para gobernar el Estado español.

Adolfo Suárez ganó las dos primeras elecciones tras el final del franquismo. Principalmente, fue él quien diseñó los años siguientes a la muerte de Franco. Fue capaz de hacer posible la transición mediante el manejo de los tiempos y la búsqueda del consenso. Junto con esto, logró que en ese proceso existiera representación tanto de la izquierda como de la derecha, con la intención de dar estabilidad a la nueva situación española. Allí se encontraba el PSOE, en el ala izquierda del plan diseñado por Suárez.

En 1982 Felipe González obtuvo la mayoría absoluta, fecha conocida como “año del cambio” del Estado español, ya que aquel año el Partido Socialista relegó las dos legislaturas de la UCD (Unión de Centro Democrático) y empezó a dibujar el camino desde franquismo hacia la democracia.

Aquellos fueron caracterizados por las reformas, tanto las sociales y económicas como las del ámbito educativo. Las más importantes fueron la fundación del Sistema Nacional de Salud (SNS) español, la Ley Orgánica del Derecho a la Educación y la iniciativa para impulsar el empleo juvenil.

Por si fuera poco, España se convirtió en miembro de la Comunidad Económica Europea, parte de aquello que hoy conocemos como la Unión Europea. El referéndum sobre la permanencia de España en la OTAN también tuvo lugar durante la primera legislatura de González. En 1982, UCD había aceptado la entrada en la OTAN, y el PSOE había mantenido

una postura contraria; en cambio, en la legislatura de González, el partido abandonó esta idea y, pese a celebrar el referéndum, defendió la permanencia desde el principio.

Aunque pudiera pensarse lo contrario, todas esas reformas y cambios no conllevaron ningún tipo de ruptura estructural con respecto al franquismo, pues el Partido Socialista no realizó ningún intento por transformar el poder económico de la época. Muestra de ello son el mantenimiento o fortalecimiento de las relaciones con las empresas y empresarios provenientes del franquismo, la privatización de empresas públicas o la existencia de docenas de puertas giratorias.

Por lo tanto, el Partido Socialista Obrero Español, lejos de ser un partido de ruptura, fue una pieza para el mantenimiento del legado político y económico del franquismo. Pese a tener un discurso progresista, no puso en cuestión ni la monarquía, ni el poder judicial, ni el Estado heredado del franquismo. En definitiva, abandonó sus principios políticos originales, y se consolidó como el partido del poder y la estabilidad.

DE PÚBLICO A PRIVADO

Con el paso de los años, estrechó sus lazos con la oligarquía y comenzó a actuar a su favor. Véase cuántas empresas públicas privatizó, cuántas puertas giratorias generó y cuántos casos de corrupción han salido a la luz durante su breve historia.

Entre el año 1985 y el 1991 privatizó alrededor de 20 empresas públicas, tales como Seat, Seconisa y Ateinsa, entre otras. El objetivo era su internalización y la retirada de la tutela del Estado, pero el plan no salió tan bien como se esperaba. De hecho, muchas no consiguieron internacionalizarse, y muchas otras, incluso tras su privatización, siguieron siendo subvencionadas por el Estado, entre ellas la Seat.

Con el transcurso de los años, pudo constatarse cómo las privatizaciones efectuadas por el PSOE llenaron los bolsillos de las empresas y de los empresarios, y que algunas empresas lograron más poder del que tenían previamente

En la misma línea, el Estado gastó alrededor de 350.000 millones de pesetas en sanear la Seat, y, después, la vendió a la multinacional Volkswagen, quien pudo hacerse con una empresa a precio bajo y sin deudas, que contaba además con capacidad productiva y acceso a los mercados españoles y europeos.

A diferencia de los años previos, entre 1992 y 1995 privatizó algunas empresas públicas consideradas rentables. Aquella vez fueron unas 30 empresas, entre ellas Telefónica, Endesa y Repsol. Todas las empresas fueron privatizadas con la pretensión de reducir el déficit público del Estado y obtener una ganancia económica, pero eso tampoco salió como se esperaba. Los beneficios fueron extraordinarios, no estructurales, y el Estado no consiguió reducir el déficit.

Las empresas públicas mencionadas presentan ciertas características en común. Las tres fueron privatizadas poco a poco, pues se vendieron por partes en la bolsa. Cabe mencionar que resultaban rentables para el Estado, pese a lo cual se privatizaron.

Dichas privatizaciones tuvieron como consecuencia que la propiedad de las empresas quedara en manos de un número o sector de empresarios más pequeño, que varios sectores estratégicos del Estado español se transfirieran a manos de los empresarios, y que quienes lograron beneficios fueran empresarios españoles o extranjeros.

Todo esto no se vendió como un plan de privatización, sino como un plan para popularizar el capitalismo (al convertir a la ciudadanía en accionistas de empresas) y para aumentar las ganancias del Estado. Con el transcurso de los años, pudo constatarse cómo las privatizaciones llenaron los bolsillos de las empresas y de los empresarios, y que algunas empresas lograron más poder del que tenían previamente. Además, el Partido Socialista abrió

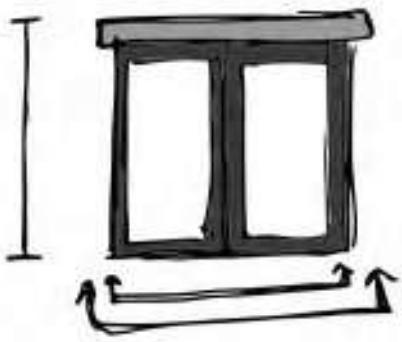
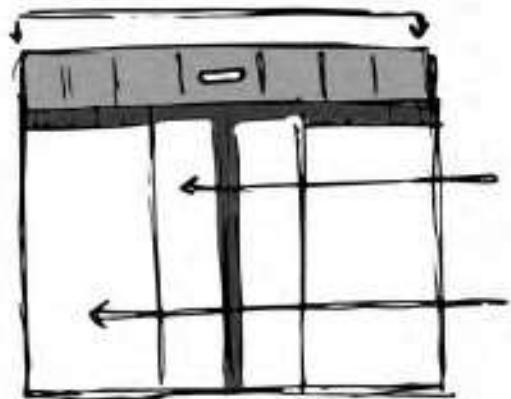
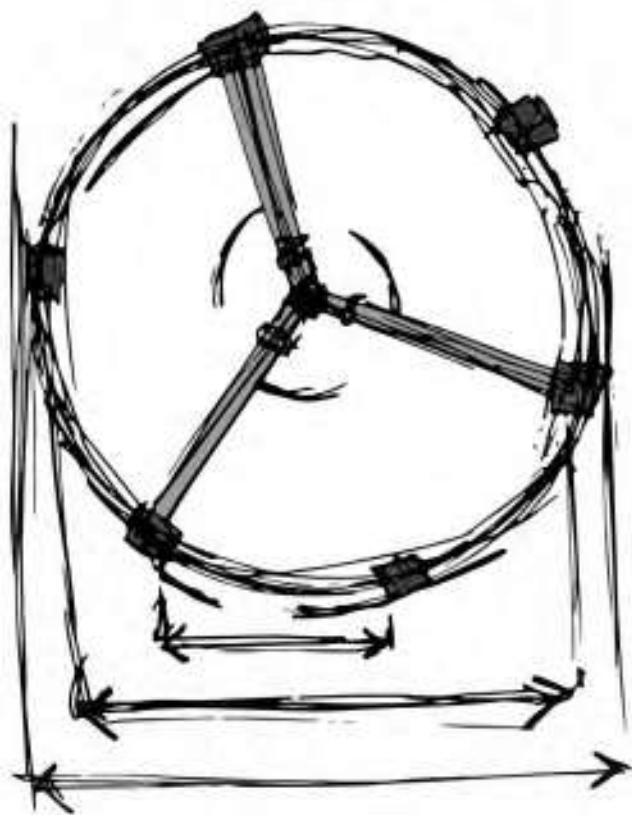
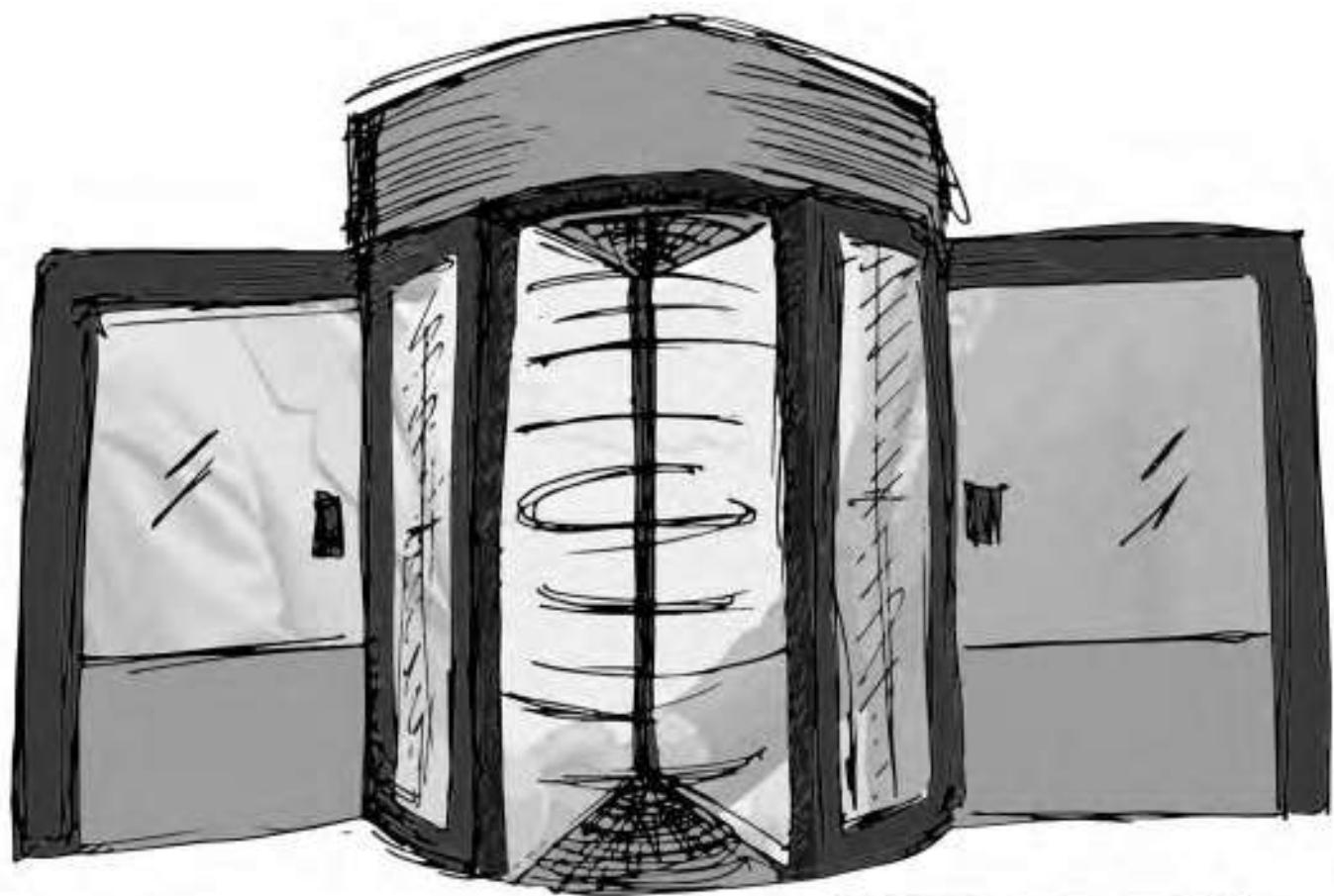
la puerta a que, en los próximos años, el Partido Popular privatizara empresas públicas a voluntad.

Sin embargo, todo aquello no fue tan beneficioso para el proletariado como lo fue para los empresarios. Las privatizaciones de empresas implicaron grandes cambios para sus trabajadores, fuera por cierre o por despidos. Además de eso, algunas de las necesidades básicas de los trabajadores pasaron a depender de los grandes empresarios, en mayor medida que cuando dichos servicios eran provistos por empresas, ya que las empresas privadas podían cambiarlo todo a su antojo; por ejemplo, el precio de un automóvil o la factura mensual de la luz.

LAS PUERTAS GIRATORIAS

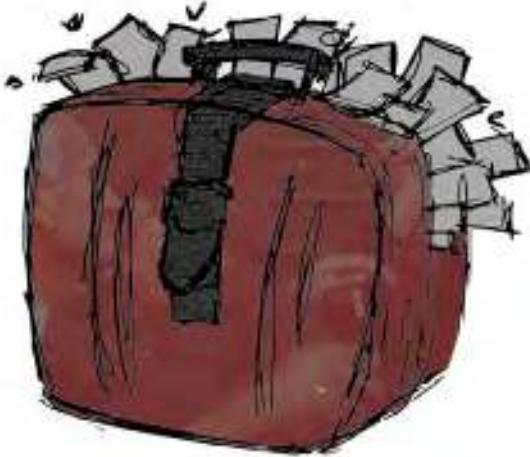
Las privatizaciones no sirvieron solo para saciar la codicia de los empresarios, pues el Partido Socialista también obtuvo grandes beneficios de ellas, ya que el haber dado el visto bueno a las privatizaciones, consolidó sus relaciones con los empresarios, lo que dio pie a incorporar a políticos en las empresas privadas.

Aunque las puertas giratorias hayan sido comunes en el modelo de gobernanza del Estado español, el PSOE ha sido el partido con más casos públicos, superando al Partido Popular. En la época del Gobierno de Felipe González fueron alrededor de 60 personas; con Zapatero, unas 55, y, con Pedro Sánchez, alrededor de 10. Es cierto que no es posible saber con exactitud cuántos cargos han acabado en empresas privadas, ya que ha habido muchos cambios, pero los datos son útiles para hacerse una idea.









Aunque las puertas giratorias hayan sido comunes en el modelo de gobernanza del Estado español, el PSOE ha sido el partido con más casos públicos, superando al Partido Popular

Muchos políticos han acabado en empresas energéticas o tecnológicas y en bancos, principalmente; por ejemplo, en Endesa, Barclays o Telefónica. A fin de comprender la importancia de esta cuestión, es preciso analizar el caso de Felipe González, pues fue él quien impulsó más privatizaciones de empresas públicas y, tras dejar el cargo político, trabajó como alto cargo de Gas Natural.

Otros cargos importantes siguieron también el mismo camino. Narcís Serra, quien fuera vicepresidente y ministro de Defensa, terminó como presidente de Caixa Catalunya y consejero de Gas Natural. Pedro Solves Mirá, exministro de Hacienda y Economía tanto con González como con Zapatero, fue consejero de las empresas Enel y Barclays. Javier Solana Madariaga, exsecretario general de la Unión Europea, acabó como asesor de CaixaBank y Enel, y como miembro del Consejo Internacional de Acciona.

Reforzar el partido a través de la corrupción

Más allá de las trayectorias laborales de los políticos profesionales, el Partido Socialista ha albergado múltiples casos de corrupción; entre otros, algunos vinculados con la financiación irregular, la desviación de partidas dinerarias y las comisiones ilegales.

El “caso Filesa” fue especialmente sonado sobre todo porque hubo unas 50 personas del PSOE imputadas, entre ellas José María Sala y Carlos Navarro, cargos importantes del Partido Socialista de Cataluña (PSC). En el año 1989, tres empresas, Filesa, Malesa y Time-Export, trataron de crear una trama, tras lo cual desviaron 1.200 millones de pesetas al partido. Fue la primera financiación ilegal que salió a la luz en España, y tuvo gran impacto en el resto de los partidos.

El caso “Ibercorp”, en cambio, fue un caso de tráfico de influencias que tuvo lugar tres años más tarde en el que se vio envuelto el Banco de España. En ese caso, Miguel Boyer, el entonces ministro de Economía, compartió información con Mario Rubio –alto cargo del Banco de España–. Aprovechando su relación y la información con la que contaban, incrementaron sus acciones en bolsa, para multiplicar sus ganancias. En total, robaron 7.100 millones de pesetas.



Fundación
Felipe González

El PSOE no puede entenderse fuera del capitalismo, ni tampoco como partido de ruptura o sin régimen del 78. Si debemos entenderlo de alguna manera, es en relación con la oligarquía, dentro el orden burgués y del capitalismo

SIN TERGIVERSACIONES

Lo que demuestran el desarrollo del partido y todos esos casos es lo siguiente: el PSOE y la oligarquía, tanto la española como la internacional, han mantenido una relación directa y estrecha. El esfuerzo realizado por ambas partes durante largos años para reforzarse mutuamente ha sido enorme. Por lo tanto, hoy en día no existe aquel partido que, al menos en origen, se oponía al capitalismo, pues él es uno de los mayores apoyos que el capitalismo encuentra en el Estado español.

Asimismo, ha preferido rechazar sus principios políticos originales y perpetuar el capitalismo, pues ha pasado de reivindicar una sociedad sin clases y la libertad de la clase trabajadora a apoyar un capitalismo menos malo. Es más, extendió la idea de que el camino del franquismo a la democracia podía ser progresista sin cortar en absoluto con la herencia política y social franquista.

Por eso, el PSOE es el partido del régimen del 78: el de la monarquía, la oligarquía y la corrupción. Adolfo Suárez acertó de lleno al darle una imagen de pluralidad a la democracia (con partidos de izquierda y de derecha), y al mantener, gracias a eso, el capitalismo en el Estado español.

Además, el partido ha sido capaz de neutralizar los conflictos políticos que pudiera haber en el Estado español, y de atraer a todo aquel que pudiera situarse a su izquierda. Así lo ha demostrado durante largos años, desde la Transición –cuando dejó fuera de juego al PCE– hasta el proceso independentista de Cataluña –donde ha conseguido amansar al independentismo a través de la ley–.

Por esa razón, el PSOE no puede entenderse fuera del capitalismo, ni tampoco como partido de ruptura o sin régimen del 78. Si debemos entenderlo de alguna manera, es en relación con la oligarquía, dentro el orden burgués y del capitalismo. ●

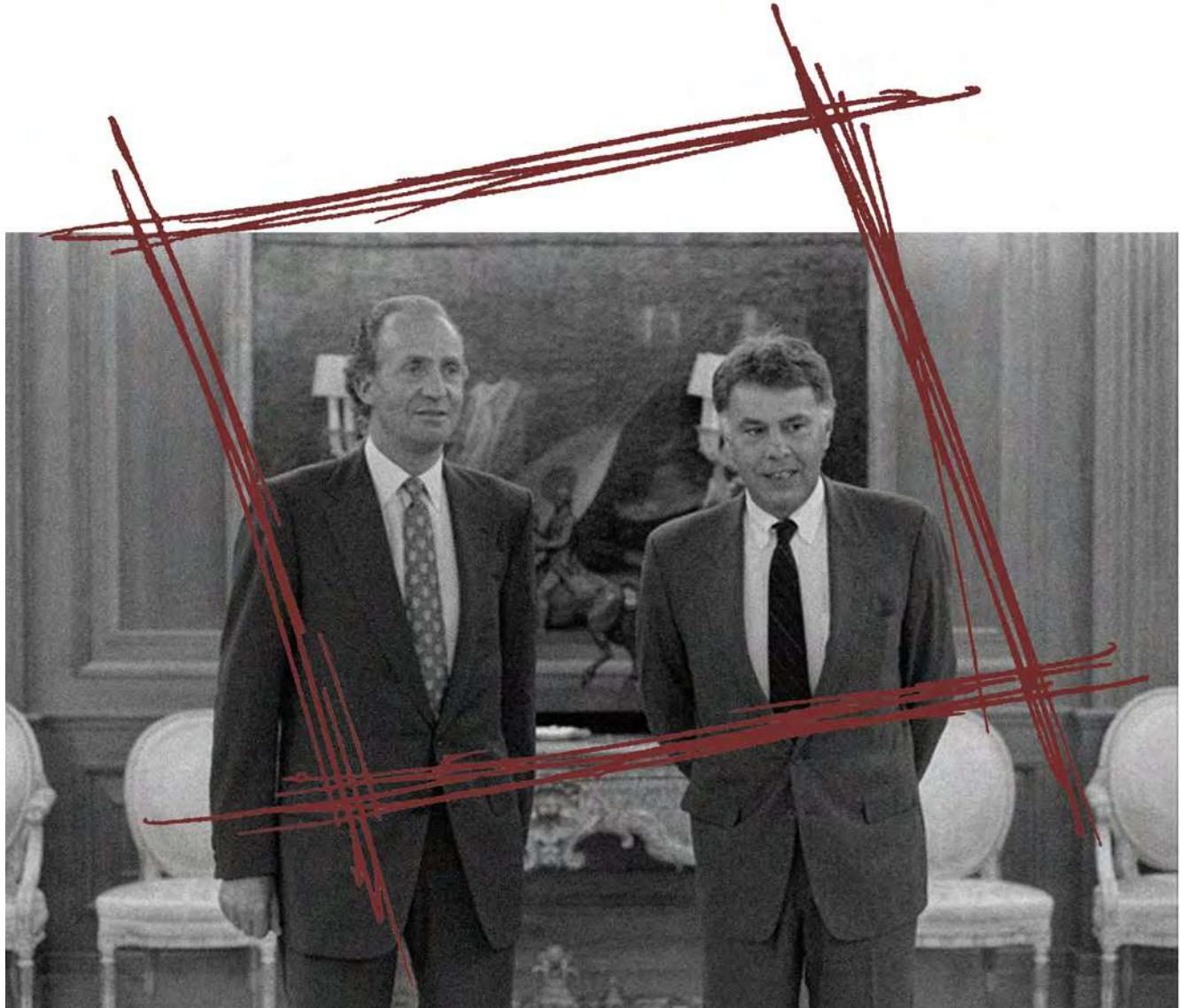
El caso de los expedientes de regulación de empleo (ERE) de Andalucía también fue sonado, pues la Junta de Andalucía destinó dinero público a las empresas que no pudieran pagar los despidos y las prejubilaciones. De todos modos, incluso personas que no tenían nada que ver con amigos, intermediarios o empresas también se lucraron. Entre ellos se encuentran Manuel Chaves y José Antonio Griñán, ambos presidentes de la Junta de Andalucía y del PSOE. Cometieron un fraude valorado en 1.200 millones de euros, aproximadamente.

La participación pública

Tras leer esto, podría pensarse que las relaciones entre el PSOE y la oligarquía se limitaban al ámbito de la ilegalidad; sin embargo, durante largos años, unos han participado en los eventos y foros de los otros.

Ejemplo de ello es la participación, en 1988, del ministro de Economía de la época en el Foro Internacional de Economía de Davos, participación que se ha mantenido en años sucesivos; por ejemplo, en el último foro, celebrado en enero de 2025, Pedro Sánchez tomó la palabra.

Por si esto fuera poco, el Partido Socialista también ha participado en foros más modestos; entre otros, participó en la Conferencia de Empresarios en la década de los 90, que sirvió para consolidar la relación con los empresarios; en el año 2000, José Luis Rodríguez Zapatero estuvo en el Forum Europa; y en 2025 el partido tomó parte en el foro CREO fundado por la empresa multinacional PRISA.



BIBLIOGRAFÍA

Andrade, J. (2006). *El PCE y el PSOE en (la) transición*. Siglo XXI de España Editores.

Maestre, A. (2025). *Franquismo S.A.* Akal.

Morán, G. (1991). *El precio de la transición*. Akal.

Sesma, N. (2010). *La dictadura franquista: Ni una, ni grande, ni libre*. Síntesis.

Brandariz Portela, T., Caamaño Deus, S., Campos Nieto, P., Casas Quiroga, P., & Filloy Martínez, L. (n.d.). *Casos de corrupción en España desde 1977 hasta la actualidad*. [Trabajo académico o investigación].

Castillero, E., Moreno, A., & Castillo, A. (n.d.). *Transparencia y gobierno: puertas giratorias en España*. [Trabajo académico o investigación].

Martín Urriza, C. (2001). *Breve historia de las privatizaciones en España*. Editorial Síntesis.a

Publicación
SEPTIEMBRE 2025
EUSKAL HERRIA

**Coordinación,
redacción
y diseño**
**GEDAR LANGILE
KAZETA**

Web
GEDAR.EUS

Redes sociales
TWITTER E
INSTAGRAM
@ARTEKA_GEDAR

Contacto
**HARREMANAK@
GEDAR.EUS**

Suscripción
**GEDAR.EUS/
HARPIDETZA**

Edición
**ZIRRINTA
KOMUNIKAZIO
ELKARTEA**
AZPEITIA

Depósito Legal
D-00398-2021

ISSN
2792-453X

Licencia


Nota de los editores: Las ideas, afirmaciones y conclusiones contenidas en Artekak son de los autores que firman cada artículo.

